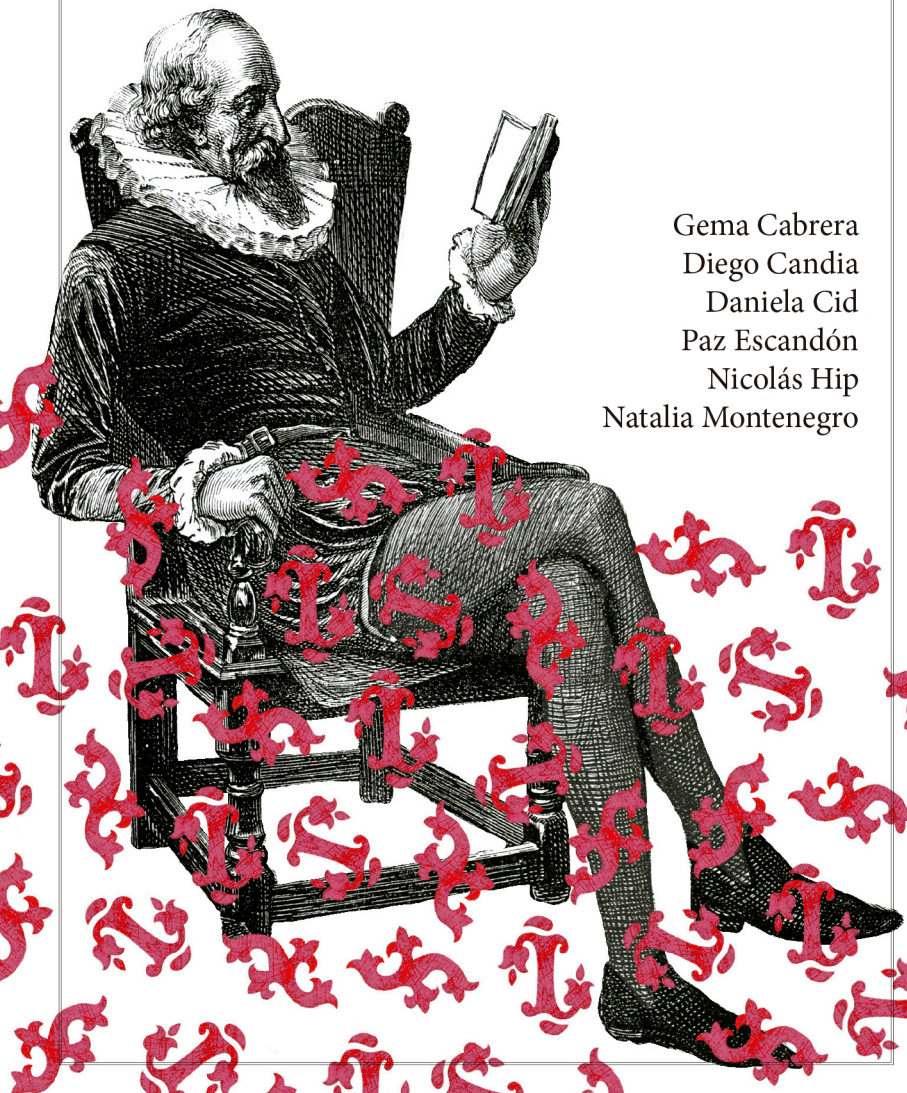
MASTERPIECE

y un par de cuentos aspiracionales



Gema Cabrera
Diego Candia
Daniela Cid
Paz Escandón
Nicolás Hip
Natalia Montenegro

Masterpiece

y un par de
cuentos aspiracionales

Gema Cabrera
Diego Candia
Daniela Cid
Paz Escandón
Nicolás Hip
Natalia Montenegro

Masterpiece y un par de cuentos aspiracionales

©Gema Cabrera Oyarzún
©Diego Antonio Candia Riquelme
©Daniela Cid Mayorga
©Paz Escandón
©Nicolás Hip
©Natalia Montenegro Millán

Edición
©Ana Cruz Valdivieso
©Nicolás Hip

Diseño
©Paz Escandón

Santiago de Chile
Primera edición digital agosto 2020
194 p.
Primera edición impresa noviembre 2020
192 p.
13 x 20 cm

ISBN: 978-956-401-891-1

Santiago de Chile

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información, en ninguna forma o medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo y por escrito de los autores.

Conmigo no, perrita 11
Nicolás Hip

Secreto de familia 29
Paz Escandón

La Contactada 51
Gema Cabrera

El caso denominado "Los globos del río" 73
Diego Candia

Despertar 97
Natalia Montenegro

Ya no serás más 107
Diego Candia

Esto es solo pa los rumberos 131
Daniela Cid

El espíritu de los Andes 141
Paz Escandón

Los inocentes 153
Gema Cabrera

Línea muerta 163
Nicolás Hip

Presentación

Dirigir un taller literario debe ser una de las experiencias más gratificantes que existen. Puede sonar excesivo, pero no, porque de verdad lo es. No hay nada como ver el proceso de los talleristas, ver cómo llegan el primer día, nerviosos, tímidos, con relatos que no alcanzan a ser bocetos y plumas que tiritan al escribir, y verlos tan grandes un año después, tan sólidos, poseedores de un estilo propio y con la capacidad real de escribir buenas historias y pulirlas hasta quedar conformes.

Supongo que cualquier profesor podría decir lo mismo, todos ven crecer a sus estudiantes durante el año, pero aquí hay algo especial. En este proceso no solo crecen, también se transforman: llegan alumnos, salen creadores.

En el libro que tienen en sus manos encontrarán los cuentos de Nicolás, que, con una pluma ácida y virtuosa, construye mundos y personajes únicos, tanto en el registro hilarante y realista de "Conmigo no, perrita", como en el oscuro y fantástico de "Línea

muerta"; los de Paz y Gema, que con gran versatilidad nos llevan de la teatralidad cómica de "Secreto de familia" y "La Contactada" a las más hermosas y a las más terribles expresiones de la humanidad, en "El espíritu de los Andes" y "Los inocentes"; el de Natalia, que con su pluma valiente se atrevió con "Despertar", un relato crudo y difícil de escribir; el de Daniela, que con una prosa delicada y contenida, nos hace entrar en "Esto es solo pa los rumberos", cuento construido a partir de pinceladas y silencios; y los de Diego, "El caso denominado «Los globos del río»" y "Ya no serás más", que siendo tan distintos temáticamente, son por igual muestras de su sólido y particular estilo narrativo.

Los dejo entonces con estas masterpieces, diez historias construidas con arrojo y tesón, que reflejan el largo camino de escritura, corrección, reflexión, reescritura y edición que recorrió esta bella generación de creadores entre el 2018 y el 2019, proceso que me llena de admiración y orgullo.

Así es que me perdonarán la aparente exageración del inicio, pero sí, asistir a ese proceso y ser parte de él es una de las experiencias más gratificantes que pueden existir.

Ana Cruz

Conmigo no, perrita

Nicolás Hip

A las artistas
de donde nace este retrato

Juana Burra corrió la cortina de cuentas doradas y salió del baño tirándose el vestido hacia abajo. Esa noche su cabello era rojo como pelo de muñeca. Se paró frente a un sofá destartalado y dando una vuelta teatral se dejó caer en él.

—Ya, ahora sí. Háceme un café, niña, que ando con el cuerpo como con frío —dijo envolviéndose el cuello con una boa—. Y esta vez échale malicia.

—¿Malicia? No queda, me la tomé ayer con un hombre —respondió Nei-Nei y se abanicó tras su confesión. También estaba en el sofá, con las piernas juntas de la forma apropiada y vistiendo un kimono color cereza.

—¿A ver?, ¿de cuándo acá? ¡Con un hombre te voy a creer!… Si Juana Burra no es por estúpida, es por esta cara de caballo que cargo.

Nei-Nei soltó una risa un tanto masculina.

—El karma, Juana, el karma. A algunas se les ensaña con el cuerpo…

—Eh, y a mí con la cara.

Rieron juntas.

—¡Ya!, tráeme un algo oye, que me tienes aquí, muriente.

—Será un té entonces, que es lo que queda.

Nei-Nei cerró el abanico con presteza y lo dejó en una mesita cercana. Su kimono era ajustado, pero supo levantarse con elegancia y avanzó con pasitos cortos hacia la otra esquina de la habitación. Puso una tetera sobre una cocinilla a gas y de un mueble sin puertas sacó la última tacita fina que quedaba.

De pronto oyeron gritos placenteros y el golpeteo de un catre en el departamento de al lado. Juana Burra levantó un brazo enguantado y a puñetazos en la pared los hizo callar. Luego se dirigió a Nei-Nei.

—Oye, espera, ¿y cuándo vai a estar con un hombre tú, ridícula, así vestida de japonesa?

—¡Ay, vieras! Hay tanto fetiche, sobre todo con los hombres mayores.

—¡Ja! Cariño, a ti no te gustan los mayores, a ti te gusta la MA-YO-RÍA.

Nei-Nei se hizo la ofendida. En un espejo flacucho se retocó el peinado, agregando horquillas y fijando su pelo corto. Desde ahí dijo:

—Bueno, ¿y tú?, ¿por qué tanto frío? Estás paliducha y se te nota la cara de hombre.

—¡Supierai, niña! —dijo Juana llevando una mano al pecho—. Si no te conté, anoche falté porque tenía pituto.

—¿Dónde?

—En la disco pobre esa.

—¡Fuiste de nuevo!

—¿Y qué iba a hacer? Había que ir a presentar a unas travas.

—¿Y se llenó?

—Sí po, si no sé cómo la gente enferma va pallá, no se puede ni respirar.

—¡Ay no!, yotejuromemueroamiga.

—Sí sé, oh, la última vez que fuiste andabai hecha un Cristo sirviendo las mesas.

—¡Ni me acuerdes!

—Eh, pero na que hacer, si plata falta. Igual ya no vuelvo más, cruz pal cielo. —Juana besó sus pulgares y aleteó con las manos.

—¡Ojalá! ¿Y al final qué pasó?

—Na po, que fui nomás. Pero eso de estarse muriendo de calor no, jamás que no. Así que como soy tan viva me compré una toallita antes del show, de esas con gel, y la dejé refrigerando antes de ponérmela.

—Espérate, ¿cómo?

—No me mires así, si sabes que soy la más mujer de todas y ob-vio que también las uso. —Se peinó el cabello hacia atrás—. ¡Lo que sí, te imaginarás cómo se me heló la pajarilla!

—¡Pero qué bruta, Juana!

—Ay, ¡sí sé, niña!, tosí tanto anoche que boté medio pulmón.

Nei-Nei se largó a reír con ganas y fue a cortar el gas de la tetera que silbaba.

—Y eso no es todo, si lo más-más fue ir a comprar la toallita al supermercado, así, vestida de mujer y con esta misma boa. —Sacudió la punta.

—¡No te creo!

—Ob-vio te dicen, toda bajo perfil, ocultando la manzana de Adán.

Nei-Nei remojó la bolsita del té, la estrujó y la dejó en un platillo. Le entregó la taza a Juana y se sentó a su lado.

—Y espérate, que esto sigue, porque cuando fui a pagar me tocó de estas cajeras con vocación, tipo uña

larga y chasquilla tubo, que masticando un chicle va y me dice: "¿dona un peso para el Hogar de Cristo?", y yo le respondo: "mejor dónemelo a mí, que tengo cáncer", y me saqué la peluca y ahí quedó negra la otra.

Nei-Nei lanzó una risotada tan ronca que casi rompió el abanico. Juana la miró sorprendida.

—Oye, ¿y tú no erai tan fina?, ¿lady japonesa?

—No me digas japonesa.

—Bueno, maricón bonsái entonces. Más encima no tenís ni azúcar.

—Endulzante si quieres.

—Eh, maricón estevia…

En eso volvieron los alaridos de la vecina.

—¡Ya termina, oye! —ladró Juana Burra con la bocaza bien abierta.

Nei-Nei le pasó un zapato y Juana se subió al sofá a darle golpes a la pared. El zapato estaba quedando marcado cuando Juana se detuvo.

—Oye espérate, ¿qué hora es? —Se bajó del sofá—. Ahora sí que me echan si llego tarde. ¿A qué hora aparece esta otra?

—¿La Corintia?

—Cor-India dile mejor, con esa cara tan… pero tan…

—¿De belleza prudente?

—Eh, de belleza precolombina.

Rieron cómplices. Juana prendió un cigarro y se echó hacia atrás con las patas abiertas. Nei-Nei, en cambio, antes de prender el suyo lo puso en una boquilla.

—Ya te he dicho que no seái tan ridícula. Fuma como hombre alguna vez.

—Ya, déjame, soy una flor de loto.

—Eh, bien deshojá.

Se miraron, rieron. Fumaron sin decir nada durante un rato. Parte del humo se escapaba por la ventana que daba a la ciudad y parte se quedaba impregnado en los visillos. De la nada Juana Burra cortó el silencio.

—Me violenta la Corintia.

Nei-Nei la miró. Aspiró profundo antes de responder.

—Algo escuché del labial rojo.

—Eh, no me lo quería prestar. Dijo que era caro y que yo tenía el hocico muy grande.

—¿En serio?

—Sí po, ¡me dio una rabia! Si yo le presto hasta mis niñas, que son de Miami. —Nei-Nei le tocó el busto para comprobar la calidad—. Así que nada, se

lo buscó, y cuando se fue del camarín le saqué el labial y me lo pasé por la raja.

—¡No te creo, Juana!

—Te lo prometo, te lo juro y te lo conjuro.

—¿Y la Corintia lo usó?

—¡Ob-vio!, pa hacer el show de esa misma noche. Y yo desde abajo la presenté muerta de la risa. Le tarareaba las canciones y hasta le bailaba así: *¡pah!*, *¡pah!*, *¡pah!*, ¡caramba!, *¡pah!*, *¡pah!*, *¡pah!*

Juana se subió al sofá a cantar y bailar, mientras Nei-Nei hacía ruidos de chancho de tanto reír. La vecina golpeó la pared gritando que se callaran.

—Y ahí estaba la otra, cantándole al público y dejando el micrófono pasao a raja. Yo lo disfrutaba tanto… Hasta que terminó el show y me lo pasó de vuelta.

—¡Hasta ahí llegaste!

—Ay, niña, si en esta vida todo se devuelve. Luego alguna otra le fue con el cahuín y en el camarín me voló el hocico.

—¡Te pasa por terrible!

—Sí sé, terrible y odiosa. A veces me miro al espejo y me pregunto: ¿por qué eres así?

Rieron a carcajadas y Juana se bajó del sofá a terminar el té sin azúcar, haciendo muecas entre cada sorbo. Prendieron otro cigarro y dejaron pasar el rato.

—Oye, Nei, ¿y tu hijo?

—En el colegio mi niño lindo.

—¿Y qué dice por tener un papá que se maquilla un poquito más de lo normal?

—Ahora nada, pero ¡uf!… Me acuerdo cuando me pilló probándome un vestido de mi señora, venía gritando: "¡papá!, ¡papá!... pa… má… ma… mmm…".

Juana le dio un empujón riéndose.

—Me costó un mundo explicarle, y a mi señora peor, que aún no me da el divorcio.

—Más encima fea la guatona.

—Sí, pero bueno, él se está acostumbrando. Lo voy a buscar en tacos al colegio, aunque me pida que lo espere a una cuadra.

—¡Ay, el pudor, el pudor!, si está en la edá.

Se largaron a reír y no pararon hasta que llamaron a la puerta. Juana Burra puso cara de asco en el acto.

—Ya para con eso te he dicho, cambia el caracho.

Nei-Nei fue a atender y apenas descorrió la traba la puerta se abrió de par en par.

—¡Ta-rá!, ¡ha llegado Corintia del Sur!, muuuack —gritó una mujer desfilando por la entrada y haciendo poses fotográficas. Era alta, de cabello platinado y bronceada en extremo.

—Ridícula —susurró Juana Burra desde el sofá.

—¿De qué estaban hablando? ¡Paren TODO, que aquí-llegué-yió!

Nei-Nei volvió junto a Juana y con un gesto le indicó que después seguían hablando. Corintia las miró.

—A ver, perritas, ¿no dirán nada por esta tremenda mujeraza que bendice sus ojos? —Hizo florituras y ademanes que las otras esquivaron con la cabeza.

—Hola Corintia… —respondió Juana Burra sin mucho ánimo.

—Corintia del Sur, amor, DEL SUR, donde se hace bien el amor, 03-03-456.

Juana fingió una arcada. Corintia la ignoró y a caderazo limpio se hizo espacio entre ellas. El sofá pareció desarmarse.

—¡Ay, qué día que tuve perrita! ¡Ni-les-cuen-to!

—¿Te pillaron el carnet de sanidad? —dijo Juana insidiosa.

Silencio. Corintia agudizó los ojos.

—A ver, perrita, ¿de nuevo querí que te enseñe quién tiene el pelo más largo?

Juana se limitó a hacerle una mueca y Corintia le dio la espalda.

—Ya pos, Nei, ni te imaginái la que me pasó. —Sacó un espejo de su cartera y habló mientras se chequeaba el rostro—. Quería hacer el turno allá abajo, pero las extranjeras no me dejaban ninguna esquina.

Juana la imitaba estirando la trompa y tirando besos.

—Así que na po, lo di por perdido y me fui a comprar un completo al carrito, y menos mal, porque ahí caché que un hombre me miraba.

—¿Guapo? —dijo Nei-Nei divertida.

—¡Uy, vierai!, como un toro. —Simuló un tiritón—. Y va y se sube los lentes y me mira así… así como con garras, mami, con deseo.

—¡Y qué hiciste!

—Engatusarlo, perrita, si en serio la noche estaba mala. Primero lo desafié con estos verdes, y luego agarré el completo como si yo fuera… ¡ay, no sé!, una LEONA.

—Eh, con los bigotes llenos de mostaza —apuntó Juana.

Nei-Nei intentó no reír.

Corintia cerró su espejo de golpe. Juana aguardaba provocativa, esperando a que le dijera algo. Intercambiaron chispas electrificantes hasta que Corintia le volvió a dar la espalda, girando tan rápido que le pegó con el pelo.

—Bueno, Nei, como te contaba, al final el hombre cayó.

—¿Y lo trajiste por acá? —dijo Nei-Nei abanicándose.

—Ay no, qué picantería, si se notaba que no era de estos barrios. Mejor fuimos a su casa, que los domicilios los cargo al doble.

Juana hurgueteó la cartera de Corintia mientras esta le daba la espalda. Encontró labiales, cigarros, condones y un papelito doblado. Sacó el papelito y le dio besos como si fuera sagrado. Corintia pareció notar algo, pero siguió en lo suyo.

—¡Uf!, y cuando llegamos a su casa… de estas con perros grandotes y elegantes, te hubieran encantado. Yo estaba medio asustada eso sí, pero él me metió en la casa y se puso tan… tan… ¡ay, cómo lo digo!

—¿Candente?

—Caliente, mami, cuántas veces, se dice ca-liente.

Nei-Nei asintió entre risas.

—Pero bueno, vierai cómo nos besábamos… así, todo rapidito y furia, como con *fayer*, con las ropas cayéndose al piso, nuestros cuerpos revolcándose y los perros aullando.

—¡Suéltalo!, ¡suéltalo!, aullaban los perros —dijo Juana, pero no le hicieron caso.

—Oye, Nei, si yo nunca había estado tan enloquecida, creo, o bueno quizás, ya ni sé. Pero cuando estábamos ahí, listos, deseantes, desatados… —Los ojos de Nei-Nei se iban abriendo cada vez más—. Le suena el celular y me suelta diciendo: "¡chucha, mi jefe!", y me deja caer, ¿cachái?, así nomás, ¡como si nada!

—No-te-creo —dijo Nei-Nei detrás de su abanico—, ¿y tú qué hiciste?

—¿Qué hice yo? ¿YO? Corintia del Sur no lo deja así nomás perrita, nonono. Resulta que el hombre se sentó a hablar con alguien medio chino en su computador, mientras yo estaba ahí, adolorida, sufriente, esperando a que me pescara.

Entretanto, Juana celebraba tirando el papelito al aire y Corintia supo que algo raro pasaba. Se iba a girar cuando Nei-Nei la retuvo.

—¡Pero termina de contarme!

—¡Es que esta tonta que no se queda quieta!

Juana la imitó con voz chillona, ocultando el papelito. Corintia la ignoró una vez más.

—Bueno, ¿en qué estaba?... ¡Ah!, ya po, la pega había que hacerla si quería la plata. Entonces se me ocurrió que igual era *jot* si lo hacíamos mientras él estaba en reunión, así que me acerqué por debajo de la mesa, así po, toda felina, ronroneando, a ver qué pasaba.

—¿Y funcionó?

—Vierai. El hombre hablando puras chinadas y yo intentando bajarle el cierre. Forcejeamos tanto que al final se aburrió y *¡pah!*, de un manotazo me voló un contacto, el del ojo malo, y ahí quedé yo, buscándolo en la alfombra mientras él me tiraba de la peluca.

Nei-Nei reía afirmada de Corintia, y Juana, aprovechando el momento, se fue sigilosa al baño.

—¡Uy!, si me dio tanta rabia, perrita. Me entró la furia con el hombre y el chino ese.

—¡Y qué pasó!

—Na po, mientras él seguía hablando yo fui a la cocina y prendí el hervidor, la tostadora, el horno eléctrico y además me encerré en el baño a secarme el pelo, hasta que *¡zap*!, de un corrientazo saltó la luz.

—¡Nooo!

—¡Uf! ¡Y cómo se puso cuando se le apagó la tonterita esa! Yo quería que puro me besara, pero el hombre no paraba de pegarme, gritando maraco de mierda y echándome a los perros encima.

Nei-Nei daba aplausos de la risa, sin notar que su celular brillaba.

—Oye, ¿y ese celular no es tuyo? ¿O es de esta tonta?

Nei-Nei lo tomó mientras se secaba las lágrimas.

—Son las chicas, ya están abajo.

—¡Y una que recién se sienta!

—¿Y la Juana?, ¿sigue en el baño?

—Parece, pero anda tú nomás, yo la espero y bajamos.

Nei-Nei la miró con sospecha.

—Ya, oh, si no hay drama, déjanos. Así hacemos las paces antes de bajar.

—¡Lo veo difícil! —le respondió yendo al espejo a marcarse unos labios chiquitos sobre los suyos.

—Tan elegante perrita, eso es clase.

Nei-Nei le cerró un ojo y tomó su cartera.

—Ya, bajo. ¡Apúrate, Juana!

Corintia esperó a quedar sola antes de ir al baño. Cuando estuvo segura, descorrió la cortina de

cuentas y encontró a Juana Burra tirada en el piso, con la cabeza apoyada en la taza.

—¿Qué me diste, indio culiao? —dijo Juana con un hilo de voz.

—Uy, no sé, por ahí se me pasó la mezcla de talco con tiza…

Juana abrió la boca exageradamente.

—¿O era talco con Tanax?

Juana abrió la boca aún más.

—¡Ay, ya!, que le ponís color, ¡lo sabremos mañana con la resaca!

La carcajada de Corintia era tan fuerte que le partía la cabeza.

—Apenas me pare me consigo un nazi pa que te saque la cresta.

—Oye, que ni se te entiende, ¿y si te refresco la carita? —Corintia la arrastró bajo la ducha y dio la llave.

El agua fría se llevó el maquillaje de Juana por el alcantarillado. Estuvo un buen rato así antes de que Corintia volviera a cortar el agua.

—Ya, ¿cómo quedaste?

Juana la miró atontada, con la peluca mojada sobre el rostro. Corintia le tiró una toalla.

—A ver, pa que después no digan que soy tan mala.

Le frotó la cabeza con tanta fuerza que Juana tuvo que afirmarse de las paredes. Al terminar la dejó bien sentada y la agarró del mentón.

—¿Viste que soy buena? —Se paró—. Y ahora que te quede bien claro: con-mi-go-no-pe-rri-ta.

Y tirándole un beso se fue.

Secreto de familia

Paz Escandón

Con tres días de antelación se prepara el almuerzo familiar en la vieja casona de la Oma. Violeta y Fresia, como cada año, se dan a la tarea de seleccionar minuciosamente los ingredientes para replicar los platos de la bisabuela. Es en el emporio de don Bernardo donde se consigue la mejor carne, las verduras en la feria, el pan en el vasco de la esquina y los empolvados con las hermanas de atrás, porque la casona colinda con el convento de las monjas de la Misericordia, donde preparan los mejores empolvados de la ciudad según la receta de doña Inés de Suárez. Lo cual es muy provechoso para las dos viejas golosas que habitan la casona. Qué decir del rezo diario del rosario: a las siete de la mañana se sientan bajo la higuera y van a coro con las monjas. Si una o ambas se quedan dormidas no importa, porque escuchar el rezo es lo mismo que recitarlo, o casi.

Miguel, el jardinero, se da a la tarea de dejar todo como debe ser. Desmaleza y corta el pasto, poda las camelias y hortensias, limpia los vidrios, saca el comedor de caoba hasta la galería y construye extensiones con caballetes y puertas viejas que harán crecer la mesa familiar hasta el fondo del patio, bajo la sombra de la santa higuera.

En 1983, Gerónimo, Ana y Berta (todos hijos de Cándida) desarrollaron hernia inguinal al mismo tiempo. Nadie pudo explicar cómo, pero los pequeños lloraron veintidós días sin parar. Era tal la escandalera y el sufrimiento, que una noche de luna llena la Chola los llevó hasta la higuera, tomó la pierna de Gerónimo y puso su pie desnudo sobre la corteza del árbol. Con un cuchillo dibujó su contorno. Repitió el ejercicio con las otras dos niñas y los llevó a la cama. Al día siguiente, el dolor había desaparecido y en el tronco de la higuera los tres piececitos se habían vuelto carbón. Desde entonces le llaman la santa higuera y es parte fundamental de la familia.

Ya están los manteles limpios y almidonados, el piso encerado, los jarrones con flores frescas y el reloj ajustado. Las carnes adobadas, las papas cortadas en

brunoise y las zanahorias en rondelles. Hay que ir a buscar los empolvados.

A las 13:23 suena el timbre dando paso a una seguidilla de besos y abrazos. Entran mujeres cargadas de bártulos, fuentes envueltas en plástico estirado y niños que se cuelan por la angosta puerta. Los hombres se bajan de sus autos para manifestar su cariño con apodos rudos antes de entrar a la casa cargados de botellas.

Como ya es rutina, ellas se dirigen a la cocina para dejar los bultos sobre la mesa. Las casadas salen al patio trasero para soltar a los niños, mientras que las viudas y solteras arrancan con las tareas propias del festín. Los hombres, mientras tanto, de todas las edades y contexturas, demuestran su virilidad sentados en la terraza tomando cerveza y relajando cada tanto sus músculos estomacales. Con gran aspaviento hacen como que cuidan a los niños, mientras esperan a que los llamen a la mesa.

Sara, la nieta mayor del clan, apareció con pretendiente nuevo. Un joven modesto y de buenos modales. Es ella la encargada de reunir a las más jóvenes e ir por las cajas que guarda la vieja Violeta en la pieza del fondo, cajas grandes y pesadas, que aún relucen su cubierta de terciopelo azul y el sello

dorado de Augarten: la fábrica de porcelana más fina y antigua del mundo, según decía la Oma, donde ensayan los niños cantores de Viena, los mismos de la Novicia Rebelde.

En otras cajas también esperan su exhibición anual la plata Christofle y los cristales de Baccarat, piezas que las niñas disponen sobre la mesa enfrascadas en una competencia de patrón, equilibrio y protocolo. Son los únicos vestigios materiales de un escurridizo pasado aristocrático.

A las 14:30 en punto ya están todos sentados. Como la edad constituye grado en esta familia más que en ninguna otra, en el primer eslabón están las hermanas Violeta (dueña de casa por mayorazgo), Marta y Fresia. Luego la prima Adela (allegada por soltería) y los maridos de las primeras. Todas muy bien vestidas y peinadas, sin excentricidades ni uñas pintadas. Mujeres tutoras de valores y tradiciones que hacen de esta familia distinta a otras familias, señoras que cuentan con poderes sobrenaturales como el de definir quién es, o no, gente como uno.

El joven modesto no deja de sorprenderse y, cada tanto, mira a Sara con asombro al descubrir que la mantequilla en forma de bolita descansa en platos de plata, mientras el tío Lucas lleva su dedo índice

a la nariz para restregarlo y luego limpiarlo en el mantel de lino blanco. Sara, que sacó la sonrisa encantadora de la tatarabuela y las neuronas de Toto (su poodle enano), sobrelleva sin esfuerzo el convivir con personas y objetos propios del siglo antepasado. Sara y el joven modesto, se entregan al juego como escenario de su romance y ríen en voz baja.

El segundo eslabón de la mesa se va desgranando en orden cronológico: los hijos e hijas de las viejas, nueras, yernos, nietos y bisnietos alborotados al final de la hilera. Cuatro generaciones que suman veintitrés adultos más una chorrera de jóvenes y niños saludables.

Miguel y la Chola lucen sus mejores trajes para traer a la mesa las primeras fuentes que contienen la tradicional Kartoffelsuppe de la vieja Marta. A pesar de su simpleza, es la debilidad de todos: litros de esta suave sopa nunca son suficientes. Dicen que el secreto está en hacer el sofrito a fuego bajo por al menos tres Ave María, agregar el laurel justo después del caldo de verduras y la nuez moscada recién rallada al final de la cocción de las papas y la zanahoria. Luego de procesada, la sopa espesa y aromática debe ser traspasada a una fuente de servir y decorada con pan frito.

—Otra vez sopa de papas —murmura Ramón. Fue cuando Marta se casó con Ramón que la Oma le enseñó a hacer esta receta tal cual como la hacía la GrosOma cuando vivía en Europa.

Ramón es un buen tipo. Viejo, de cuerpo cansado, mente escurridiza y pasado chispeante: tres matrimonios en el cuerpo y boqueras color vino. La tía Marta fue la última en enamorarlo y al contrario de todo lo que se podría haber esperado, la familia siempre lo quiso… porque la Marta ya estaba vieja para casarse y de las tres hijas era la última que quedaba por desposar. Cuando el viejo necesitó bastón para caminar fue cuando empezó a hablar solo. Se sentaba a hacer crucigramas con su botella de tinto, manteniendo largas conversaciones con el gato.

A las 15:17 es el turno de la Rinderroulade. Nadie pone atención al cuchicheo casi imperceptible del viejo porque el olor a carne guisada envuelve toda la galería. Es el plato favorito de Carlos y siempre se las rebusca para conseguir doble porción de ese rollo de carne relleno con mostaza, tocino, queso, cebolla y pepinillos, guisado en caldo de verduras y vino, acompañado de una enorme papa cocida y repollo

encurtido. Es lo único bueno que le encuentra a la familia de su mujer.

—Raquel, ¿y cuándo bautizas a estos niños? Yo hablo con el padre Juan y quedan listos.

—Suegra… —rezonga Carlos con la boca llena de Rinderroulade.

—Mamá, ya te dije, no somos católicos.

—Pero cómo no, ¡Dios santo! —responde llevándose una mano a la cabeza y la otra al corazón—. ¡Yo misma te bauticé en Petorca! La Chola te hizo unos moños con los tres pelos que tenías en la cabeza, me costó horrores decidir quiénes serían los padrinos más apropiados para ti... si no hubiera sido por tu abuela Fresia, quien hizo esa manda milagrosa a la virgen de Lourdes que te salvó la vida cuando naciste toda morada e hinchada como un sapo. Un año, ¡un año!, anduvo mi mamita con el cinto celeste a la cintura y tú ahora quieres dejar que estos niños caigan en desgracia. Cuando se te enfermen vas a correr donde el padrecito. ¡Ahí te quiero ver!

Raquel, la mayor de las primas, es, como dice Rolando, una fuerza de la naturaleza. No se sabe si es atea por convicción o por llevar la contra a la madre. Se casó con un comunista en la misma lógica, aunque en realidad se juntó, porque los comunistas ateos no

se casan. Tiene a los gemelos moros y tres hijos más de tres padres distintos, todos moros por igual.

"Una casquivana", dice la vieja Adela mientras levanta las cejas y cierra los ojos. "La penúltima virgen de Chile, después de la del San Cristóbal", le responde Raquel cada vez que puede.

Los comensales más voraces logran engullir el tercer plato del día: el Gaisburger Marsch, pasta rellena de carne, cocinada en un caldo de perejil y cebolla. Dicen que el perejil ayuda a digerir el exceso de grasas de la Rinderroulade, siempre y cuando se tome muy caliente y a cucharadas. Los hombres siguen seriamente esta regla y es Rolando el que tarda más tiempo en este menester, pues siempre ha sido de tacto sensible. Raquel espera pacientemente que dé su última cucharada para hacerle un gesto con la cabeza, se levantan al mismo tiempo y se alejan unos metros para fumar cigarrillos.

Raquel y Rolando son primos criados como hermanos en lo práctico, pero se quieren de verdad. Son cómplices desde siempre: mientras él encubría las borracheras colegiales de Raquel, ella mantenía para sí, en secreto, el evidente entusiasmo de Rolando por sus muñecas y vestidos. Habían estudiado Filosofía

juntos en la facultad y compartían el gusto por develar cuestiones sin interés.

En silencio fuman juntos hasta que ven aparecer la torta que los obligaría repetir, como cada año, el gesto absurdo de cantar el cumpleaños feliz a un muerto.

Pero el muerto no era cualquier muerto, era el tatarabuelo cónsul de Austria (o Alemania, nunca es del todo claro) en Valparaíso, el puerto más importante en América de principios del siglo XX. Había recibido tamaño honor de manos de su hermana la condesa de Von Poja, que en la prelación, venía después de las archiduquesas de Austria. Es decir, que la mismísima Sissi Emperatriz debía rendirle honores a ella, lo que corroboraba que por las venas de sus descendientes corría verdadera sangre azul.

Este es el estandarte de la honra familiar. La real batalla de las hermanas es resguardar esta posición en un círculo donde la estirpe es más importante que la sensatez, para gozo de varios sobrinos y la burla de Raquel.

Las mujeres hacen espacio entre la parentela y alejan a los niños para abrir paso a la torta, que, cual Virgen del Carmen, es transportada por las cuatro veteranas hasta la mesa sin contratiempos. Los

ojos de Adela se tornan blancos cuando ve un hilo de manjar rebelde y desafiante que escurre por uno de sus costados, evidencia de que su preparación no había seguido las indicaciones escritas por la Oma hace ochenta y tres años en el recetario familiar: "dejar reposar el bizcocho un día al frío antes de rellenar con el manjar aún tibio. Volver al frío por un día más y servir en trozos de no más de un centímetro de grosor, de lo contrario, el manjar escurrirá y se desbordará, estropeando la perfección de su forma".

Intentando esconder la indignación por tal afrenta, Violeta en su rol de hermana mayor se concentra en cortar la torta en tajadas de un centímetro, sin repetición, porque la torta es para eliminar lo salado del paladar, lo contrario es gula y la gula es pecado mortal.

Sonia, la hija menor de la Petu, engulle su tajada y se pone nuevamente en la fila. Pero Violeta (que no tiene nada de lesa), al ver por segunda vez la cara de la niña recita sin misericordia: "el pecado de la gula se manifiesta en tu cuerpo y en tu alma". Los ojos de la niña se inundan de lágrimas. "El abuelo grande te mira desde el cielo", continúa Violeta. La niña rompe en llanto, paralizada por el pánico al imaginar al viejo muerto sentado en una nube al lado de Dios, con

los ojos comidos por gusanos y mechones de pelo enmarañado. Corre la madre para apartar a la niña de la mirada encendida de la anciana y, en completo estupor, la aleja del lugar.

La guagua del coche azul comienza a quejarse. La madre, inquieta, la mece.

—Se le pasó la mano, tía —dice Raquel.

Un par de adolescentes se levantan lánguidos y caminan hacia el patio.

—Esa niña es una malcriada, una Müller debe saber comportarse, que eso no se te olvide jamás, Raquelita —replica Violeta.

—De Müller le queda bien poco… todos nuestros niños son cuarta o quinta generación, la Sonita es… —Hace el recorrido mental e hila pausadamente—. Bustos Gonzales Rojas Díaz Muñoz Heredia Martínez Estévez Müller Bettauer.

—Ahí está la judía —recita Ramón desmigando con el tenedor su pedazo de torta.

Sin poner atención al viejo, Violeta increpa a Raquel:

—Tú siempre con tus cosas… es terrible que no respetes el linaje del abuelo grande y la GrosOma…

—Ahí está la judía de nuevo —replica Ramón, esta vez más claro.

—Eso del linaje es absurdo. —Y sin gran interés Raquel mira por primera vez en la noche al viejo indiscreto preguntando—. ¿Qué dices, Ramón?

—Que esta sopa de papas se la enseñó la judía a la Oma y la Oma a la Marta.

—¿Qué judía?

—La muerta, la GrosOma, ¡la judía!

Raquel mira a las cuatro viejas y clava sus ojos en los de su abuela Fresia, la cual sin mover ni un músculo hace como que no escucha.

—Judíos, ¡judíos son todos ustedes! —grita por fin Ramón.

Violeta, con un plato de torta en una mano y en la otra el cuchillo, tiembla.

Sara y su pretendiente se toman de las manos, excitados, mientras el abuelo Eliseo, sostiene a Adela antes de que se desvanezca. Fresia, se arregla lentamente el mechón de pelo que se derrumbó sobre su rostro, sin perder el temple.

El viejo Ramón continúa hablando, como si de una conversación con el gato se tratara.

—¿Alemanes? Judíos son, judíos han sido siempre. La escondió, la convirtió y borró su historia. No tiene nombre eso, ¡no tiene nombre!

Raquel escucha sin entender.

Marta tironea la chaqueta de su marido y dice:

—Ya pues, no es prudente hablar de esas cosas Ramón. Vaya a tenderse un ratito mejor.

—No voy a permitir que le faltes el respeto al abuelo y a toda la familia en el día de su aniversario, Ramón. ¡Esto es una ofensa imperdonable! —dice Adela.

—¿Cuál judía? —pregunta Raquel otra vez.

—Ninguna judía, mijita por Dios, Ramón que se le pasan las copas y dice tonteras. Imagínate, ¿qué judía?, ¿cuál judía? No sé nada yo de judíos.

En ese momento, de los veintitrés adultos alrededor de la mesa, diez se horrorizan recordando el holocausto, ocho piensan en la herencia, otros tantos en la circuncisión y uno en Woody Allen.

—Ah no, expliquen, ¿que judía?

—¿A quién convirtieron en qué?

—¡Ay, por Dios!, ¡me va a dar algo!

—¿Cómo se dice Oma en hebreo?

—Entonces, ¿somos judíos?

—Chola, trae el coñac por favor...

—Pero, ¿quién es la judía? ¿Yo? ¿Soy judía? ¡No entiendo!

—¡Berta!, ¡hay que mudar a Salva!

—Lo de judío se hereda por la madre.

—¿Pero la prima Sissi no es Austriaca?

—Esa era la casada con el archiduque que mataron.

—¿Quién lo mató? ¡Por Dios! ¿Cuándo?

—Ay, ¡que me va a dar algo!

—¡Basta!

Todos los primos se miran con risas nerviosas y caras de asombro. Raquel, Rolando, Gerónimo, Ana, Berta, Camelia, Genoveva, Petu, Bernardo y Ernesto tratan de entender y aclarar el enredo. Ramón se ríe. Alguien abre otro vino y observa el alboroto.

—Entonces, ¿la GrosOma era judía?

—Y el abuelo grande, ¿también?

—¡No! ¡Por Dios!, ¿cómo se te ocurre?

—La tuvo que convertir en católica. ¡Pero ella estuvo de acuerdo!

—¿Cómo de acuerdo?

—¡Ay, me va a dar algo!

—¡Era conde!, ¡no se casaría con cualquiera!

—¿Por qué un judío es "cualquiera"?

—No son cualquiera, pero mataron a Jesús.

—¿Ves?, no hay para qué bautizar a los niños, Raquel.

—¿A quién convirtió en qué?

De un golpe, se desbarata todo aquello que Raquel detesta de su familia. Ver a la vieja Violeta abatida le produce un placer indescriptible, mientras la casa se desmorona a su alrededor con cada nueva frase de Ramón.

—Judíos aquí y en la quebrada del ají.

—Pero, ¿alguien sabe cómo se dice Oma en hebreo?

—Pero si el viejo no era conde, era su hermana la condesa.

—¡Es lo mismo, Petu!

—Entonces, ¿somos judíos? No entiendo.

—No es lo mismo, porque esos títulos nobiliarios no son hereditarios, son ... regalados, o algo así.

—¿Por qué entonces el tío Ernesto estaba en el colegio alemán del centro?

—Bellavista.

—¿Qué Bellavista?

—Está en Bellavista. No en el centro.

—O sea, ¿somos nuestros amigos o nuestros enemigos?

—Yo tenía un compañero de colegio judío y era buen tipo, ¿por qué es terrible ser judío?

—Porque son usureros.

—¡No!, ¡porque mataron a Jesús, te digo!

—¡Por Dios, se callan! El abuelo buscó la seguridad de la familia, que es lo más importante en la vida.

—Ramón, ¡mira lo que has hecho!

—¡Yo no hice nada!, ¡fue el viejo ese!

—¡Chola! ¡Tráeme el coñac!

—Pero el abuelo grande nació como cien años antes de la segunda guerra, ¿seguridad de qué?

—Les tienen mala de mucho antes de la guerra.

—¿Pero era judía pobre o judía rica?, ¡porque hay judíos y judíos!

—Y algunos incluso son inteligentes, ¡como Einstein!

—Dicen que no se puede confiar en los judíos, que ni entre ellos se soportan.

—Raquel es nombre judío...

—Mamá, ¿esos son a los que les cortan el pirulín?

—Yo no le voy a cortar el pirulín a mi Martín.

—No se lo cortas tú, bruta, lo hace el rabino.

Entre la agitación, Raquel busca nuevamente los ojos de su abuela.

—Raquelita, no te pongas así —dice acongojada Fresia—. Es que a tu tatarabuelo lo mandaron de cónsul a Chile como castigo, lo desterraron y lo excluyeron de la familia por haberse enamorado de una

judía. Y es así. La verdad es que es así, una pena… pero él era austriaco o alemán, no sé bien. Pero usted sabe mijita, esos ojos celestes maravillosos que tenía el abuelo grande, los mismos de tus gemelos.

—¡El color de ojos no tiene ni pito que tocar en esta conversación, abuela!

—No pues, Raquelita, claro que importa. Imagínese lo que le debe haber costado al pobre abuelo mostrarse en sociedad con ella.

Raquel comienza a sentir un temblor estomacal que reconoce.

—El abuelo le hizo un gran favor, porque hay que decir también, aunque no nos guste, que la GrosOma se embarazó antes de casarse.

—Y que se lo vomitó todo en el barco camino a Valparaíso, la pobre.

—¡Uf! Judía y algo ligerita, ¡imagina la carga social Raquel!, ¡no le quedaba otra!

—O sea, Raquel heredó lo loquilla de la GrosOma.

—Lo que se hereda no se hurta.

—¡Ohhh! —se escuchó por el patio.

—¿Se dan cuenta lo bueno que era el abuelo grande? Sin chistar asumió ese hijo, reconoció su consanguineidad y le dio una oportunidad a la GrosOma. ¿Qué hace una mujer sola, grávida y judía?

El calor sube por el pecho de Raquel, sus mejillas se enrojecen y siente cómo su cabeza se despega del cuerpo para observar desde arriba a un puñado de humanos construir disparates. Intenta controlar sus impulsos con los puños apretados sobre la mesa, pero es incapaz de decir una palabra. Titubea, se le tropiezan las ideas y la ira se le sale por los ojos.

—¡Son todos, todas... ustedes todos una tropa de fascistas misóginos de la gran puta! —grita. Nadie responde.

Carlos la toma fuertemente de la cintura en el mismo minuto que reconoce en la cara de su suegra el pánico ya experimentado hace algunos años, cuando al primo Ernesto se le ocurrió confundir los conceptos de dictadura con gobierno militar. Desde entonces, Violeta ya no cuenta con la fuente de cristal para la Kartoffelsuppe y el primo pronostica las lluvias gracias al dolor crónico que se instaló en su hombro.

Con la ayuda de Rolando, logran llevarla al patio para tranquilizarla. Le recitan la cantinela acerca de la familia, de los viejos y la edad, de la ignorancia y el perdón, que los puntos de vista, la realidad relativa y cuanta cosa se les pasa por la cabeza con el único afán de dominar a la bestia, pero ella no cabe en su cuerpo y siente el alma quebrada, piensa que es adoptada,

que la encontraron en la puerta. No entiende el ser parte de esta familia.

Varios minutos, unas cuantas copas de vino y cinco puchos al hilo ayudan bastante hasta que Carlos la abraza con ternura.

Entonces Raquel mira seriamente a Rolando:

—Dime, ¿tú sabías esto?

—Un poco.

—¿Cómo un poco, huevón?

—Me lo imaginaba desde que me hice el ADN racial. Salía 80% judío…

—¿Que te hiciste qué?

—El ADN racial… se compra por internet.

—¡Pero el gen judío no existe!

—Sí sé, pero eso decía.

En el interior de la casa figura Violeta repartiendo torta a destajo mientras la Chola le rellena la copa con coñac. La abuela Fresia inundada en llanto es consolada por la madre de Raquel, quien con un rollo de papel higiénico en las manos va recortando pañuelos improvisados. Los primos se juntan en el living para fantasear historias semitas mientras toman un café ya frío. Los niños corren por todas partes, las guaguas lloran y Ramón duerme en el único sillón de la galería tapado con un chal a cuadrillé azul y rojo.

—¿Por qué te hiciste esa ridiculez del ADN?

Rolando se encoge de hombros.

—Estaba mejor la torta del año pasado —opina Carlos y una pequeña sonrisa se asoma en la cara de Raquel. La ira se transforma de a poco en tristeza y mira con cariño a Rolando.

—Yo pensaba que tú eras la gran vergüenza de la familia desde que te fuiste a vivir con Gaspar.

—Yo también, pero esto es peor.

La Contactada

Gema Cabrera

Formaban un círculo sentados alrededor de la mesa, tomados de las manos entre caras expectantes y nerviosas. Era media noche, hacía calor y lo único que los alumbraba era la luz de las velas. Estaban en silencio cuando de pronto la mujer que todos miraban se soltó, se arqueó hacia atrás, puso sus ojos en blanco y rezumó espuma por la boca. No supieron qué hacer, se miraban entre ellos sin atreverse a soltarse. La mujer comenzó a convulsionar, primero fueron unos pocos tiritones y luego unos espasmos tan intensos que cayó al suelo. La silla en la que estaba se quebró con un ruido seco que sacó a los presentes de su parálisis. Todo sucedía tan rápido que nadie reaccionaba.

La anfitriona corrió hacia la entrada donde habían dejado los teléfonos. Sus manos tiritaban y cuando tomó el suyo se le resbaló de la mesita. Esa parte del departamento estaba a oscuras y tuvo que

tantear por el parquet para encontrarlo. Con el nerviosismo le costó encenderlo y al lograrlo respiró profundo hasta calmarse.

"¿Cómo era?", pensó. "Uno, dos, tres… no. Dos, tres, uno… no", cerró los ojos un instante. "Uno, tres, tres".

—¿Carabineros?… Sí, ayúdeme, una mujer… No, ella tiene un ataque... ¡Se está muriendo!... No, en mi casa… Sí, ¡por favor, ayuda!… ¿Cómo?

Levantó la mirada al pasillo. Algunos de los invitados se asomaban sudados y con los ojos como platos. Continuó:

—¡Cayó al suelo, está convulsionando!... ¡Pero es que se muere, qué hago! —Apretaba tanto el teléfono que sus nudillos estaban blancos—. ¿Cómo que primero a la ambulancia?... Sí, sí sé con quién hablo… Oiga, ¿y usted sabe con quién está hablando? —dijo apoyando una mano en su cadera—. A ver, páseme a su superior.

Más gente se asomó por el pasillo, sus caras iban de mal en peor. Ella les hizo un gesto para que se fueran y les dio la espalda.

—¿Cómo?… ¡Ah! Ya… ¿Entonces ustedes llaman la ambulancia?... ¿Ellos llegan primero?… No. Es que

no entiendo, ¿qué me dijo?… ¡Ah! Merced 636, departamento 22… Sí, por favor que sea ahora… Ok.

De vuelta al salón fue encendiendo las luces y apagando las velas. Se paró en el umbral de la puerta y vio que la mujer, la Contactada, seguía en el suelo más pálida que nunca y sobre su ruana negra, con su cabello largo desparramado como una aureola alrededor de su rostro. Hincado junto a ella estaba el guardián, un joven alto y musculoso con el pelo tomado en una cola. Nunca la dejaba, ni a sol ni a sombra, y ahora lloraba silenciosamente acariciándole las manos.

La anfitriona fue a buscar unos cortos de brandy al aparador, sobre el cual lucía un espejo de marco dorado. Se miró y vio un rostro armónico, rodeado por una cabellera plateada, aros de perla heredados y una pashmina blanca cubriendo sus hombros. Era una mujer con los años bien llevados, atractiva y cautivadora. Se quedó detenida en su imagen, hundiendo la mirada en sus propios ojos llenos de secretos. Sirvió varias copas pequeñas y las dejó en una bandeja plateada al centro de la habitación.

El único que seguía en la mesa de centro era el maestro masón, ocultando sus piernas que no paraban de temblar. La anfitriona fue donde él, lo tomó del

brazo para darle un punto de apoyo y lo sentó al lado de la maestra metafísica, que estaba desmayada en el sofá como un trapo. Alcanzó las copas servidas y les pasó una a cada uno.

—¿Y?, ¿qué haremos? —les dijo de forma discreta mientras miraba al resto de los asistentes.

Había al menos diez personas en la sala, todos moviéndose de un lado a otro. La maestra metafísica y el maestro masón cruzaron miradas nerviosas. Él sacó un pañuelo para secarse la frente y le hizo una seña a un político que conversaba con dos mujeres elegantes. Estos se acercaron a escuchar. El político asintió de una forma políticamente correcta, mientras que a las mujeres, siempre muy oportunas, les bastó con mirarse entre ellas para ponerse de acuerdo. Denotaban experiencia en estas lides.

La anfitriona sorbió toda su copa de licor. Fue por otra al aparador y frente al espejo se dijo:

—¿Cómo mierda llegamos a esto?

***

Habían quedado de reunirse cerca de las once de la noche para celebrar el equinoccio de primavera. Todos fueron llegando puntuales. Las primeras

habían sido las sahumeristas, con sus largos vestidos blancos y sus cintos rojos. Luego tres Hare Krishna, que aparecían en todas las reuniones aunque no fueran invitados, ataviados con sus túnicas anaranjadas y haciendo sonar sus cuencos de metal. A continuación, la mentora de esencias florales, muy joven y hermosa, con su falda de gasa y margaritas entrelazadas en el pelo. Se podía adivinar su origen aristocrático, de tercera generación, con su cara sonriente que tenía un dejo de niña mimada. Luego apareció el político acompañado de las dos mujeres oportunas, siempre sobrios y guardando las apariencias. La anfitriona los iba recibiendo y acomodando en el salón. Cada uno le entregaba un paquete u objeto al llegar, mientras ella les indicaba dónde dejar sus zapatos y los celulares apagados.

El maestro masón y la maestra metafísica estuvieron entre los últimos. Llegaron al mismo tiempo, estacionando sus autos uno frente al otro e intercambiando un par de frases mientras caminaban hacia el edificio. La proximidad de sus cuerpos y la forma en que se miraban sugería algo que ellos se esforzaban en ocultar, pero que todo el mundo sabía. Se habían conocido en la conferencia dada por un famoso místico internacional. La maestra metafísica era una

divorciada de aquellas a las que les sobra el marido. Reina de hielo. Una de esas mujeres atractivas que fácilmente seducen a un hombre, lo devoran, y al día siguiente lo olvidan en la mesa de un café. A punta de arrancar cabezas a mordiscos llegó a ser la gerente regional de la mayor empresa de seguros del mundo. Por su lado, el maestro masón marcaba su presencia donde llegaba, acostumbrado a roles importantes como el ser rector de una universidad. Su corbata de lazo y los suspensores combinaban con tal perfección que daba la impresión de que recorría el mundo entero para lograr el efecto. Como siempre su camisa era blanca, impecable, acompañada por un traje de paño que completaba el atuendo. Al contrario de su acompañante, la expresión bonachona de su rostro hacía difícil imaginar que era un maestro masón, lo que le jugaba a favor para ocultar sus intenciones.

Ya casi estaban todos los invitados. Al principio se saludaron, siguiendo el protocolo, y la conversación versó sobre el cambio climático y los acontecimientos internacionales. Las jóvenes sahumeristas observaban con caras lánguidas, se notaban aburridas, mientras que los Hare Krishna miraban de un lado a otro según quién hablaba, sin entender, pero asintiendo.

El calor se hacía insoportable, el aire se volvía denso y de a poco los rostros dejaron de estar sonrientes. El maestro masón miraba su reloj con disimulo, mientras el tiempo se estiraba de forma eterna. La anfitriona se esforzaba por recuperar las sonrisas perdidas y les servía una y otra vez aperitivos.

Cerca de media noche, una de las sahumeristas que fumaba escondida en el balcón apagó rápidamente su cigarro y dio la alarma:

—¡Ahí viene!, ¡llegó!

Se produjo expectación, ansiedad, algunos se asomaron a ver mientras que otros se aguantaron manteniendo la compostura. Las luces parpadearon por un instante y en los oídos de los presentes se sintió un leve zumbido al que no prestaron atención.

La Contactada llegó junto al guardián. Era una joven de tez muy blanca, con el cabello oscuro, liso y largo hasta la cintura. Venía vestida de negro y envuelta en una ruana, a pesar del calor pegajoso que hacía. Su rostro era inexpresivo y cuando entró a la sala las miradas se fueron directo hacia ella. Un murmullo recorrió el aire. Algunos se acercaron haciendo una reverencia, otros le tomaban las manos y se las besaban, aunque se podía notar en su ceño

fruncido un malestar con las demostraciones de respeto.

Entre los cuchicheos de los más imprudentes se oyó que la historia de la Contactada era extraña. Una voz dijo que era huérfana, criada en la Cascada de las Ánimas. Otra dijo que se hizo famosa prediciendo catástrofes y que salvó muchas vidas. También dijeron que desde entonces no se separaba del guardián y al final un Hare Krishna comentó que parece que no dormía.

Después de recibirla y llenarla de elogios pasaron a acomodarse en la mesa redonda del centro. La anfitriona había puesto en ella todos los paquetes y objetos traídos por los invitados. Distribuyeron una copa de agua, un tizón para el incienso, un pocillo con tierra, una daga y ofrendas de frutas y miel. Alguien apagó las luces y quedaron alumbrados solo por las velas. Cuando el reloj marcó las doce comenzaron el ritual. El maestro masón invocó los cuatro elementos, las sahumeristas prendieron hierbas ancestrales y la mentora de flores cantó melodías celtas que el resto siguió. La última en unirse fue la maestra metafísica que comenzó a llamar a los trascendidos y una ráfaga de brisa húmeda entró por la ventana.

Lentamente la Contactada se entregó al trance. Al cerrar sus ojos su piel emanó un halo violeta y todos los presentes se tomaron de las manos. El guardián estaba a su lado y al tomarla se alarmó, ella siempre estaba fría, pero ahora era muy notorio. La Contactada movió su cabeza de un lado a otro, tensando su cuerpo, abriendo y cerrando los ojos varias veces.

—Están aquí —dijo con una voz apenas audible—, los trascendidos están aquí.

Silencio, miradas, tensión.

—¡Baruj ata adonai!—gritó de pronto.

La maestra metafísica dio tal respingo que sus ojos pasaron de almendrados a redondos.

—¡Oh! ¡Ah! —exclamaron los Hare Krishna.

La anfitriona y el maestro masón quedaron detenidos con las cejas arriba. La mentora de flores abrió la boca y luego frunció el ceño, sin saber si reaccionar para bien o para mal.

—Los trascendidos los saludan con amor —dijo la Contactada balanceándose—. Dicen que se preparen, vienen tiempos intensos, se están abriendo portales de conciencia donde se revelará lo velado.

Quedaron expectantes, ninguno respiraba. Un Hare Krishna se rascó una oreja.

—Me dicen que pueden hacer preguntas —dijo la Contactada.

Las miradas se entrecruzaron. Gotas de sudor. Aire denso.

Hasta ese momento la anfitriona había observado en silencio la escena, y en un intento de marcar la seriedad de la ceremonia dijo en tono inteligente:

—En el árbol cabalístico de la vida, ¿se puede llegar más allá de Bina?

La miraron sorprendidos, algunos con rostros de confusión ante la pregunta. La Contactada temblaba ligeramente y el guardián la miraba preocupado. De pronto de ella brotó una voz seca y severa:

—Sí.

Silencio.

Varios exclamaron con la respuesta, poniendo cara de que entendían. Luego el maestro masón levantó de a poco su cabeza, titubeando antes de decir:

—Amados trascendidos, me dirijo a ustedes agradeciendo y honrando vuestra presencia. —Esperó la reacción de los demás, pero nadie dijo nada—. Con humildad pregunto: ¿si he llegado al grado treinta y tres, por qué no siento un cambio interno?

Una voz masculina, dulce, salió de los labios de la Contactada.

—No has realizado tus rituales en el corazón.

El maestro se ruborizó, único signo que delató su incomodidad. Se sintieron risas disimuladas y las mujeres oportunas miraron a los presentes con tono de reproche. La mentora de flores interrumpió el cuchicheo con su voz melodiosa y largamente trabajada:

—Amados trascendidos, agradecida por estar aquí, me atrevo a preguntar: ¿existe el secreto de la inmortalidad?, ¿y cuál es?

Todas las cabezas se giraron hacia ella, ofendidos con tal impertinencia. La Contactada se mantuvo serena, sin mover un músculo del cuerpo, hasta que otra voz, esta vez una muy femenina, salió de su boca:

—La muerte le da sentido a la vida.

Quedaron con las bocas abiertas, varios reteniendo el aire y con las cejas arriba. Un Hare Krishna confesó que ya lo sabía.

En medio de todos los murmullos una voz soltó una pregunta tímida:

—¿Encontraré trabajo luego? —Era la más joven de las sahumeristas y avergonzada miró hacia abajo.

Varios se quejaron, otros tosieron, algunos estuvieron a punto de soltarse las manos. La cara de la anfitriona era de total espanto.

—La generosidad de la existencia es infinita, conéctate a ese flujo —fueron las palabras canalizadas por la Contactada.

Todos se impresionaron de que una pregunta como esa fuera igualmente respondida. Entonces la otra sahumerista aprovechó:

—¡¿Y yo encontraré el amor?!

Risas, codazos, miradas cómplices. El guardián estaba claramente molesto y los más ofendidos, sin poder soltarse, retiraron la mirada de la mesa.

—¿Y quieres tener pareja? —brotó desde la Contactada en un tono alegre y bonachón.

Esta vez muchos se largaron a reír con ganas y se armó un desorden que la anfitriona no fue capaz de controlar: "¿cuándo se acaba el mundo?", "¿por qué se llama Satanás?", "¿es verdad que la mujer salió de una costilla?". Una tras otra brotaban preguntas del mismo tono hasta que entremedio del caos la maestra metafísica deslizó su pregunta como por si acaso:

—¿Podemos ver a Dios?

Todos los presentes callaron. La última palabra de la maestra metafísica quedó suspendida en el aire.

Algunos miraron a la Contactada, esperando una reacción.

—¡No! —dijo el guardián, y varios dieron un respingo con su vozarrón—. Acá termina la sesión.

Nadie se movió. Quedaron congelados en sus asientos.

—Sí… —dijo la Contactada, con una voz carente de toda emoción.

El guardián la miró sorprendido. Todas las manos del círculo se apretaron ante la expectación. El tiempo se volvió denso a la espera de que algo pasara.

—¿Podemos ver a Dios? —insistió la maestra metafísica, ahora con mayor seguridad.

—Paremos, no está permitido —dijo la mentora de flores. Luego dudó un segundo y agregó—: aunque, podría ser…

El guardián le hablaba a la Contactada al oído, su actitud era suplicante. La mesa se llenó de murmullos y opiniones contradictorias.

—¡Siempre he querido ver a Dios! —dijo la maestra metafísica en un exabrupto.

Como un coro, todos empezaron a gritar: ¡sí, sí!, ¡queremos verlo!

—¡No! —dijo el guardián imponiéndose ante todos—, no pasará.

La Contactada seguía en trance. Se estremeció y dijo:

—Sí….

El guardián intentó soltarse, pero no pudo. El halo de la piel de la Contactada se puso de un blanco intenso. Los asistentes abrieron sus bocas maravillados.

—Vacío —dijo la Contactada con la mandíbula caída y los ojos abiertos al máximo—. Brilla, todo brilla… resplandor, brillo blanco… vacío, vacío y brillo blanco…

El guardián sintió cómo la mano de la Contactada se le escabullía. Quiso agarrarla, desesperado, pero ella agitaba sus brazos, contrayendo el rostro en muecas que a veces eran de dolor y otras de alegría. De su boca salían frases en distintos idiomas y en diversos tonos, a veces agudos como una niña o graves como la de un hombre.

Los asistentes estaban horrorizados ante lo que presenciaban. Nadie supo cómo reaccionar hasta que de pronto la Contactada se arqueó hacia atrás, puso los ojos blancos y comenzó a botar espuma por la boca, cayendo al piso con un ruido estrepitoso.

***

Sonó el timbre.

Llevaban un largo rato esperando y varios se sobresaltaron. La anfitriona se puso de pie y fue a abrir la puerta. Se encontró con dos paramédicos que cargaban una camilla, acompañados de un doctor.

—Pasen, es por aquí —los llevó por el pasillo hasta el salón.

Uno de los paramédicos le tomó los signos vitales a la Contactada, mientras el otro anotaba en una planilla. El doctor que ingresó detrás de ellos se agachó a examinarla.

La mayoría de los invitados salió al balcón, varios a fumar, mientras que otros se quedaron atentos al diagnóstico. Los Hare Krishna sacaban un bocadillo de la cocina.

Pasados unos minutos el doctor se irguió:

—La paciente se encuentra fallecida.

Los presentes se llevaron las manos a la cara. El aire se llenó de exclamaciones. Los que estaban afuera entraron alarmados en masa.

—¿Cómo? —preguntó el paramédico que anotaba en la planilla.

—Que le pongas que está muerta —respondió el otro.

—¡Chuuu! —exclamó una sahumerista.

La frente del maestro masón se llenó de sudor. La maestra metafísica se puso pálida y se afirmó de la mentora de flores que se tiraba de los pelos. La anfitriona se desmayó y fue atajada por las mujeres oportunas.

El murmullo se extendió por el salón.

—Hay que llamar a carabineros —dijo el doctor y firmó energéticamente la planilla.

Se retiraron con la camilla en las manos y antes de desaparecer por el pasillo el doctor se volvió a asomar:

—¡Ah!, y que nadie toque a la muerta.

Se escuchó un portazo en la entrada e inmediatamente el guardián bloqueó el pasillo extendiendo sus brazos:

—¡De aquí nadie sale!

La anfitriona volvió en sí y lo primero que hizo fue apresar el brazo del maestro masón. Con una sola mirada le dejó en claro todo lo que estaba en juego. Él asintió y le dedicó la misma mirada a la maestra metafísica. El político y las mujeres oportunas se

unieron y después de unos cuchicheos comenzaron a moverse por la sala.

Los Hare Krishna, al darse cuenta de lo que había pasado, decidieron honrar a la Contactada mientras su alma se elevaba al cielo, recorriendo el salón cantando y haciendo música con sus cuencos.

"…Hare, Hare, Hare…"

—¡Que nadie se mueva, dije! —ordenó el guardián.

Las sahumeristas también decidieron honrar la partida de la Contactada y prendieron sus copas de salvia, mirra y lavanda. La anfitriona, dándose cuenta de la oportunidad, le puso pestillo al balcón y cerró las ventanas, quedando todos envueltos en una densa capa de humo.

La mesa seguía con los mismos elementos que usaron para el ritual, hasta que en medio de la neblina una mano oportuna tomó la daga y comenzó a picar la fruta, transformando la ofrenda a los trascendidos en una simple macedonia con miel.

"…Hare, Hare, Hare…" cantaban los monjes, y de pronto entre el humo una misteriosa mano masónica y otra políticamente correcta los agarraron por las túnicas y los encerraron en el baño.

—¡Ya paren! —gritó el guardián—, ¡los veo moverse!

Cerca del balcón, otra mano oportuna le sacó las margaritas del pelo a la mentora de flores y las plantó en el pocillo con tierra del ritual, quedando de macetero.

En medio del caos, la anfitriona y la maestra metafísica pasaron por encima de la muerta, esquivaron al guardián y llegaron al vestidor que estaba en el pasillo. Volvieron con trajes, accesorios y peinetas, y se internaron otra vez en el humo. Las ventanas seguían cerradas y cada vez se veía menos.

"…Hare, Hare, Hare…", se escuchaba aún desde el baño y ahora la mano masónica y la políticamente correcta los encerraron en la alacena. En medio de eso una mano oportuna agarró a una sahumerista por el pelo y la obligó a tomarse el agua de la copa de ofrendas.

Cada vez que el guardián gritaba se quedaban quietos como momias y apenas se distraía volvían a moverse. Aprovechando la confusión a algunos les pusieron lentes, a otros chaquetas, se ajustaron vestidos, se alisaron trajes, se arreglaron peinados y varios terminaron con gorros.

La cortina de humo ya no dejaba respirar y el guardián cruzó el salón y logró abrir una ventana. Quiso abrir el resto, pero entre tantos golpes, tirones y empujones, una mano oportuna le metió un sedante en la boca y otra le pegó con el tizón para apurar el efecto. Cayó desmayado sobre un ficus.

"…Hare, Hare, Hare…", sonaba aún desde la alacena, y esta vez múltiples manos y un par de coscachos los metieron a un ropero con llave.

El humo salía por la ventana y antes de que se disipara por completo una silueta políticamente correcta huyó balcón abajo. La anfitriona ordenó que lo siguieran cuando en eso sonó el timbre.

Se escucharon golpes fuertes en la puerta y una voz gruesa gritó:

—¡Carabineros, abra la puerta!

Todos quedaron petrificados y recién al cabo de unos segundos la anfitriona reaccionó. Se paró lentamente, alisó su vestido y se pasó las manos por el rostro. Miró a los presentes por última vez, ellos la miraron a ella, inspiró profundamente y caminó impávida hacia la puerta.

Lo que los carabineros vieron al entrar fue un grupo de personas sentadas, con algo de beber en las manos, casuales, e incluso uno de ellos durmiendo

sobre un ficus con un gorro de playa en la cabeza. Cuando constataron que todo estaba en orden quisieron ir donde la muerta, pero de pronto se abrió el ropero que estaba en el salón y de su interior salieron tres Hare Krishna. Estos tomaron sus cuencos y pasaron por el lado de los carabineros haciéndoles una reverencia, a la que ellos, sorprendidos, correspondieron tocándose el sombrero.

El caso denominado “Los globos del río”

Diego Candia

Una mañana como cualquier otra, un matrimonio lugareño descubrió lo que más tarde todos llamarían los globos del río. Fueron los primeros en llegar a la ribera, en lo que era un habitual paseo de los habitantes del pueblo, cuando se sorprendieron al ver tres grandes esferas rojas levitando sobre el agua, todas a la misma distancia de la orilla, todas lisas, sin ningún relieve apreciable, alineadas sobre el río y siguiendo la dirección de la corriente. El hombre se acercó a la orilla, desde donde estimó que estaban separadas entre sí por un par de metros. La profundidad del agua era poca, por lo que pudo ver que no había conexión alguna entre las esferas y el fondo.

—Son grandes —dijo girándose hacia la mujer, que las miraba fijamente.

—Deben medir como dos metros —respondió ella, sin despegar la vista de los extraños objetos—. Parece que se movieran —agregó dando unos pasos

hacia atrás, pero el hombre no veía ningún movimiento.

De haber querido, el hombre y la mujer hubieran podido entrar al río, incluso cruzarlo entero sin que el agua les llegara más allá de las rodillas. Pero no lo hicieron. El viento hacía oscilar los pocos árboles de la otra orilla, mas las esferas permanecían inmutables bajo un sol cuya luz no reflejaban especialmente. El matrimonio retrocedió sin apartar la vista, en un silencio que solo era interrumpido por el sonido de sus zapatos contra las piedrecillas que llenaban la ribera.

Volvieron al pueblo rápidamente, donde comentaron el suceso con dos o tres vecinos, quienes pudieron concluir tres hechos: que hasta donde se podía ver, el matrimonio no estaba mal de la cabeza; que no habían tenido la valentía de adentrarse en el agua para una inspección más cercana; y que los dos metros a los que se refería la mujer eran de diámetro. Después, los más detallistas pudieron estimar por medio de preguntas que las esferas estaban a más o menos un metro sobre el agua, precisando que la distancia entre ellas era de tres metros.

Al cabo de una hora la noticia se había extendido por el pueblo y se formó una tímida caravana de

curiosos. Cinco autos en total recorrían los casi diez kilómetros que separaban al pueblo del lugar de los hechos.

Al llegar, confirmaron que los objetos existían, definitivamente no estaban locos ni la mujer ni el hombre. Los tripulantes observaron de lejos, casi todos callaron, algunos exclamaron admiración, uno se persignó. Nadie quiso entrar al agua, ni por ingenuidad ni menos por valentía.

Los de la pequeña caravana acordaron que debían dar aviso al pueblo, aunque no hubo entendimiento en cuanto a quién debía ser el encargado de darlo. Nadie quería apartarse del nuevo acontecimiento. Lo resolvieron echándolo a la suerte, así es que un infortunado tuvo que regresar a contar la noticia a los otros curiosos que esperaban en la plaza del pueblo, tácitamente encargados de esparcir cualquier novedad. Al mediodía se formó otra caravana, esta vez de una longitud nunca vista. Todos los que tenían auto partieron y los que no tenían de una u otra forma se las ingeniaron para no quedarse sin ir al río.

Cada uno daba su opinión sobre la naturaleza de las esferas. Algunos las llamaban pelotas, otros globos, o simplemente "las cosas esas", decían señalando. Además de este debate, lo único que hacían era con-

templar en silencio o comentar su admiración y sorpresa.

Cuando había pasado un rato y ya parecía que se hacía insostenible el equilibrio establecido en la mera contemplación, hicieron su aparición los perros. Habían llegado siguiendo a la caravana, que por el tráfico inusitado se veía obligada a desplazarse lentamente, permitiendo que los perros la siguieran con un suave trote. Ajenos a todo temor humano, pasaron corriendo entre la gente y fueron a jugar a la orilla del río. No se inmutaron por la presencia de los objetos, solo se dedicaron a perseguirse y a morderse la cola. Se unió a ellos un grupo de huérfanos del pueblo: tres niños y una niña, que hacía rato se habían aburrido de una espera que parecía sin sentido. Habían llegado en la caja de una camioneta, aceptados de mala gana por el chofer, que nada iba a hacer para vigilarlos.

Uno de los perros, pareciendo notar la presencia de los globos, se adentró en el río. Su cercanía con las esferas detuvo cualquier movimiento de los espectadores, quienes observaban atentos. El perro se acercó de a poco, midiendo cada paso, oliendo el aire y moviendo las orejas ante cualquier mínimo ruido, pero solo se escuchaba el fluir del agua.

Olfateó la esfera de la derecha, y no pasó nada.

Esto bastó para que los huérfanos entraran al río, sin importarles lo mojada que iba a quedar su ropa y sin autoridad que se los recordara. Las personas cuchichearon entre ellas sin despegar los ojos de la exploración, mientras la mano de uno de los huérfanos, que se adelantó a los demás, pasaba por encima de su cabeza aproximándose a la parte inferior de la esfera del centro. Algunos temieron una tragedia, mientras que otros no dudaron en grabar el momento. Unos pocos hicieron ambas cosas. El niño paseó sus dedos por la superficie de la esfera. "¡Oh!", exclamó la gente. Envalentonado, el niño apoyó toda su palma. Esta vez el "¡oh!" fue acompañado de un "¡no!", unos cuantos "¡por Dios!", otros pocos "¡cielo santo!" y algunas otras exclamaciones bastante más alejadas de lo divino.

El contacto de la piel humana con la estructura esférica no desató hecatombe alguna. Otro de los niños se atrevió a tocar la esfera de la izquierda, obteniendo el mismo resultado. Entonces muchos de los que miraban desde lejos trataron entrar al agua. Se formó una masa de personas que buscaban fotografiarse, tocar y manosear los objetos, libres de todo recato. Hubo golpes involuntarios y otros no tanto, inevitables al faltar espacio para todos los interesados. La mujer del matrimonio lugareño miraba junto

a su esposo. “Están más inflados que en la mañana”, dijo. El hombre asintió.

La conclusión general fue que las esferas tenían una textura similar a la de un globo, a los de cumpleaños precisaban, e incluso parecían estar rellenas de aire. Varios intentaron reventarlas, algunos por malicia, pero la mayoría por simple curiosidad. Cuando se enfrentaban a algún objeto puntiagudo, contra lo que se podía intuir, parecían endurecerse. Y más extraño aún fue que cuando varios de los curiosos que en el río se agolpaban intentaron transportarlas a sus autos, camionetas u otros, estas se volvían tan pesadas que ni entre varios fue posible moverlas hacia la orilla.

Algunos sentían un inconfundible olor a goma en el río, pero la mayoría no olía nada. Otros reportaron escuchar lo que llamaron un sonido vibratorio (aunque todos los sonidos lo son, precisó uno), pero la mayoría no oía nada. Otros testimoniaron jurando el haber presenciado oscilaciones y movimientos verticales, pero la mayoría no veía nada. La radio local, siempre con dificultades, transmitió estas declaraciones a toda la provincia, diciendo eso sí que la mayoría olía, escuchaba y veía lo mismo. La transmisión bastó para que la noticia se expandiera por el país.

Alrededor de dos horas después llegaron los medios de comunicación más importantes de la nación. Comenzaron por entrevistar al matrimonio: "Cuéntennos, ¿cómo los encontraron?", "¿qué creen ustedes que son?", "oigan, ¿y los tocaron?", "oigan, ¿y qué venían a hacer ustedes al río?". "Esas cosas se están inflando", fue una de las pocas respuestas que dio la mujer a un periodista que se aburría ante respuestas que juzgaba poco creativas. Entonces entrevistaron a más personas del pueblo. El principal testimonio fue del niño que primero tocó uno de los objetos: "yo entré no más y toqué ese globo rojo, sin miedo". Ese fue el bautizo de los objetos, que fueron denominados globos rojos por la prensa y, por ende, por todos. Los huérfanos fueron bautizados por la opinión pública como los niños de los globos. El país se enteró de sus sueños, temores, necesidades y la superación de estas con lo que los medios dijeron era mucho esfuerzo personal. Se dijo que un noticiero incluso hizo un amago de entrevista a los perros que habían envalentonado a los niños.

Los medios buscaron la opinión de distintos tipos de expertos, aunque dudaron de a quiénes entrevistar, debido a la inexistencia de expertos en globos. Así es que hicieron lo más simple, vieron en su agenda a

los expertos que siempre consultaban y los llamaron a todos. Se descartaron entonces fenómenos astronómicos, sísmicos, hidrológicos, volcánicos, químicos y biológicos. Solo había una conclusión: los globos fueron puestos allí por intervención humana, aunque el material, el comportamiento y el interior de los globos era incierto. Al comienzo insistieron en que no fueran llamados globos, que nadie sabía qué eran, pero globos no parecían, más bien esferas. Desistieron al poco tiempo.

Las dos opciones más apoyadas sobre la naturaleza de los globos eran la de una intervención artística o un movimiento publicitario, "qué otra cosa más va a ser", comentaban en la televisión. No faltaron los expertos del ámbito oculto, como se llamaban a sí mismos, que no dudaron en vincular el hecho con las conspiraciones, los seres provenientes de exoplanetas y a dimensiones más allá de las leyes físicas. Entre estos expertos, parecía haber un común acuerdo en la imposibilidad de la cerrada ciencia tradicional de explicar el fenómeno, mientras se contradecían también en muchas, especialmente cuando uno insinuaba que los globos pertenecían a su ámbito de conocimiento y no al de los demás. Algunos con-

sultaron a líderes religiosos, y sus respuestas variaron entre el cielo y el infierno, literalmente.

El pueblo se convirtió en un lugar de peregrinación. Se organizaron visitas guiadas al río, que se rodeó de vendedores de los tipos más variados de comidas y bebidas, necesarias ambas para quienes pretendían pasar horas contemplando el suceso ya calificado de milagroso. Grupos de aficionados a la ufología y lo paranormal se agolparon en el lugar, aún no teniendo bien claro qué esperaban. Los ufólogos decían que era ridículo esperar fantasmas en un lugar conocido por sus avistamientos de ovnis (aunque nadie recordaba haber visto alguno allí) y los parapsicólogos planteaban lo inverosímil de una visita extraterrestre, sin argumentar sus razones en forma más detallada. Tampoco faltó el *merchandising* asociado a los globos: poleras, postales, llaveros y todo tipo de *souvenirs*. Los lugareños más ingeniosos trataron de propagar el rumor de que el río tenía poderes sanatorios. Esta fiebre duró solo unos días, cuando fue evidente que nadie de los que entraron enfermos al río salieron sanos. De hecho, ocurrió lo contrario. Varios de los que se sumergieron en el agua esperando una sanación terminaron en el hospital con extraños síntomas. Esto generó las primeras tímidas exigencias

al gobierno, que aún se mantenía silencioso debido a su incertidumbre, de que se clarificara el origen de los globos y su posible efecto sobre el agua y el aire, y sobre la economía y las exportaciones y la productividad también, añadieron algunos de los expertos.

Cuando los casos de posible intoxicación se multiplicaron, el gobierno tuvo que deponer su estrategia inicial, que era simplemente ignorar a los supuestos enfermos. Consultaron a todos sus estamentos, pero nadie tenía una respuesta. Como no estaban seguros sobre cuál debía ser el siguiente paso, optaron por poner a militares a custodiar el río, cercando los alrededores y regulando la entrada solo a personal autorizado. Alegaban razones de seguridad nacional, era muy peligroso exponerse a un material que nadie sabía qué era ni para qué estaba allí. Tranquilizaron a la opinión pública diciendo que harían todos los análisis y peritajes pertinentes para aclarar la situación.

Por entonces, los niños de los globos eran unas celebridades. Habían inventado que uno de ellos amaba secretamente a la única niña del grupo, sus caras habían aparecido en numerosos programas de televisión y, junto a los también célebres perros, eran rostros de marcas de cereales y comida para animales.

Todos los famosos ya se habían ofrecido a adoptarlos (a los perros).

Los análisis de las aguas que el gobierno había ordenado arrojaron como resultado la certeza casi absoluta de presencia de agentes contaminantes. Toda la gente que había estado fotografiándose con los globos entró en pánico, tanto si había entrado al agua como si no. Pronto las consultas médicas públicas y privadas colapsaron de gente que ante el menor síntoma pensaba en una intoxicación. Algunos más agudos apuntaron la coincidencia de que los contaminantes del agua fueran los mismos residuos de procesos químicos de las tres grandes industrias adyacentes al río. Se generó así el primer desencuentro en años entre los dueños de estas industrias y el gobierno. En una llamada directa al presidente, exigieron tres puntos: primero, que explicaran por qué habían hecho un análisis al agua cuando el acuerdo durante la campaña fue que no se analizaría sin aviso; segundo, que explicaran por qué los resultados se habían filtrado a la prensa sin pasar por su visto bueno; y tercero, que explicaran por qué aún no había aparecido una alta figura del gobierno desmintiendo públicamente la vinculación de las industrias con la contaminación, avalando el informe que pre-

sentarían ellos con sus propios expertos (omitirían comentar a la opinión pública que eran propios).

La prensa empezó a alzar la voz, partiendo en medios de poco alcance, pero luego fue inevitable una exigencia masiva de que el gobierno diera alguna respuesta. Los globos rojos seguían inmutables sobre el río, en el mismo lugar en que fueron avistados por primera vez por el matrimonio. Nada parecía perturbar su misteriosa existencia, salvo para la mujer, que seguía viéndolos inflarse.

Todas las áreas de inteligencia se pusieron en el peor de los escenarios y trabajaron detectando posibles células terroristas responsables del acontecimiento, pero no encontraron vínculo alguno, es más, ni siquiera encontraron células terroristas. Al no ser reclamada por nadie se descartó la opción de que fuera una maniobra publicitaria, se inclinaron por dos opciones que bien podían estar relacionadas: intervención artística y experimento social. Empezaron a rastrear todas las operaciones financieras de todos los posibles autores, pero nada pudo conectar persona alguna con los globos. Las encuestas decían que la aprobación del presidente y su gabinete caía, y ni la movilización de toda la prensa afín había podido convencer a la población de que el gobierno no estaba

siendo superado por la incertidumbre de la situación. El flujo de turistas seguía siendo importante, y el gobierno trató de sacar provecho de eso mostrando gráficos convenientemente presentados de cuánto había aumentado el turismo en su gestión, obviando el hecho de que los gobiernos anteriores no tuvieron la suerte de tener tres globos en el río de un pueblo perdido. A pesar de este intento, o quizás a causa de, la aprobación disminuyó a niveles históricos.

Fue a un joven político del gobierno al que se le ocurrió la idea. No dudaron en prometerle un buen cargo una vez resuelta la crisis; un pobre ministro anciano sin posibilidad de ascender sería el sacrificado para dejar vacante su puesto. Así se fraguó el plan entre el gobierno y las tres industrias adyacentes al río. La invitación a los medios decía que el presidente haría un gran anuncio junto a los globos. El gobierno regional repartió entradas al evento entre la población, teniendo sumo cuidado de congregar en el acto a los acérrimos partidarios del presidente. Todos los canales transmitirían en cadena nacional el evento.

El presidente llegó puntual en medio de un caos de la prensa y los esperados vítores del público. Atrás de él se encontraban los tres representantes de las

industrias. El presidente comunicó que la campaña liderada por estas para concientizar acerca de la contaminación de las aguas era un éxito. Que había sido una iniciativa totalmente independiente al gobierno, reconociendo con humildad inusitada que él solo se había enterado al realizar las consultas oficiales a los posibles responsables. Luego, dio la palabra a uno de los industriales, que contaría con detalles el origen y la finalidad de los globos. Todo el país se enteró entonces de que eran una intervención artística de las empresas, que pretendía llamar la atención de la población acerca de la necesidad de mantener las aguas limpias, que tenían numerosos informes que revelaban la total ausencia de responsabilidad de las industrias en la contaminación de las aguas, pero que como las tres se declaraban con una gran responsabilidad social empresarial, habían decidido dar el inicio de un plan para descontaminar el río y transformarlo en un parque navegable. El público estalló en aplausos. Se mostraron maquetas de lo que sería el parque, declarando que en un mes más se pondría la primera piedra, y que quedaban todos invitados al evento, que también se transmitiría en cadena nacional. "Quisimos esperar hasta este día para explicar todo", mencionó el industrial, "pero la siempre sana curiosi-

dad de nuestros medios de comunicación nos obligó a aclarar lo que ya se estaba prestando para malignas especulaciones de algunos sectores que siempre buscan aprovecharse de nosotros".

"No explicaron por qué cada vez están más grandes", dijo la mujer del matrimonio que descubrió los globos, mirando por televisión el evento. "Ellos sabrán", respondió el marido encogiéndose de hombros.

El plan original era ese mismo día poner la primera piedra del parque navegable, pero el presidente insistió en que él debía ser fotografiado junto a los globos.

—Señor presidente, para eso hay que entrar al río —dijo un asesor.

—Es verdad, no lo había pensado.

—Podemos hacer algo muy pomposo en la orilla, pero es peligroso que se meta al agua.

—No, no, no. Tiene que ser en el agua.

—Veré lo que puedo hacer —dijo el asesor finalmente. "Después de esto renuncio", pensó.

Entonces el equipo presidencial preguntó a las industrias cuánto tiempo tardarían en descontaminar el río, al menos en el lugar que interesaba para el acto del presidente. Las industrias dijeron que no

tenían idea, nunca se lo habían planteado. Después de ciertas consultas, dijeron que por ahora podían verter sus contaminantes más abajo, que sería más caro, pero podían hacer el sacrificio. Eso, unido a un tratamiento químico llevado a cabo con la mayor celeridad (y que cobrarían al gobierno) garantizaba que el agua podía ser declarada descontaminada (al menos en un determinado sector) en algo así como tres semanas, siempre que no se bebiera el agua, ahí ya sería imposible dar un plazo. Eso, más un razonable margen de seguridad frente al que el presidente manifestó su desacuerdo, pero que fue declarado como totalmente necesario por todos los técnicos que sabían del plan, explicaban el plazo de un mes entre el anuncio y la inauguración.

Un periodista encargado de informar sobre el parque navegable entró tímidamente a la oficina del editor de su periódico, preguntando cuál era el mérito de descontaminar unas aguas que ya estaban descontaminadas antes que las mismas industrias las contaminaran.

—No sabemos si realmente fueron las industrias las que contaminaron —respondió el editor—. Quizás fueron esos globos.

—Jefe —dijo carraspeando el periodista—, si fueron los globos los que contaminaron, entonces fueron las industrias, porque ellos dicen que los globos los pusieron ellos para concientizarnos sobre descontaminar.

—Bueno, pero siempre es mejor descontaminar un río contaminado.

—Pero hubiera sido mejor no contaminarlo, ¿cierto?

—Sí, pero ya está contaminado, ahora hay que descontaminarlo.

—¡Pero está contaminado por los mismos que lo quieren descontaminar!

—Bueno… sí, pero lo bonito es que va a quedar bien descontaminado porque los que lo contaminaron lo van a descontaminar de todos sus contaminantes —dijo el editor —. Ahora, ¡deje de conversar tanto! ¿Acaso no tiene trabajo?

—Yo al menos sí —dijo el periodista en voz baja mientras cerraba la puerta.

Un mes después todo estaba dispuesto para que el presidente y los industriales pusieran la primera piedra del nuevo parque navegable. Los tres globos rojos habían permanecido allí, sin causar temor ahora que se conocía su origen. Todos en el pueblo estaban

felices por su presencia, que aún les traía un turismo constante, menor que hace unas semanas al conocerse los motivos terrenales de los globos, pero que parecía haberse estabilizado en un nivel muy conveniente. La orilla del río estaba repleta de puestos de ventas, toldos, mesas y sillas, lugares de comida y carros que vendían todo tipo de frituras. En el pueblo, todas las casas lucían ampliaciones que se notaban hechas con apuro, destinadas a servir como pieza de arriendo a los turistas. Surgieron restoranes y bares, muchas botillerías, farmacias y moteles. Las encuestas arrojaban que la aprobación del presidente iba al alza. La única preocupada era la mujer del matrimonio, que seguía diciendo, cada vez que los globos aparecían en la televisión, que parecían estar creciendo. "Tonteras tuyas", le respondía el hombre.

El presidente dio un discurso que resaltó el compromiso del mundo privado en la conservación del medio ambiente y de una explotación de recursos de forma consciente, destacando que las alianzas público-privadas eran el vehículo más eficaz para conseguir un crecimiento sostenible. Luego de otro discurso, de uno de los industriales que repitió prácticamente lo mismo, los cuatro se calzaron las botas de agua y entraron al río, seguidos de dos ministros

y tres diputados, todos confiados porque el gobierno y las industrias habían mandado subordinados el día anterior, deseosos de ganarse un bono por desempeño, dispuestos a entrar al agua, y nada les había sucedido. Los niños de los globos estaban sentados en primera fila, en la orilla del río, junto con autoridades del gobierno y del mundo empresarial.

Cuando el presidente posaba para la fotografía, justo debajo del globo central, ocurrió. Se sintió un olor nauseabundo que parecía mezcla de todos los olores que han producido asco a la humanidad. Algunos empezaron a vomitar, pero lo mejor vino segundos después, sin que nadie pudiera reaccionar. El globo central subió raudo en línea recta, quedando por encima de la cabeza del presidente. Los otros también ascendieron. Se reventaron los tres a la vez. Los niños de los globos salieron corriendo, seguidos de todos los que estaban más cerca del río. La explosión, que sonó como un balazo, liberó un líquido viscoso y marrón. La gravedad hizo que el presidente recibiera gran parte del líquido. El resto se repartió entre industriales, diputados y ministros. Los perros ladraban mientras la gente huía.

El impacto del líquido derribó al presidente, que intentó levantarse, pero costaba saber qué era qué en

medio de esa viscosidad. Cuando logró poner los dos pies firmes, e intentaba erguirse ayudándose con las dos manos que se afirmaban del fondo del río, un industrial lo golpeó en las caderas mientras corría descontrolado. El presidente volvió a caer y el industrial siguió su camino. El público salió despavorido, sin preocuparse por la integridad de su amado presidente. Los fotógrafos, que habían abandonado sus puestos cuando sintieron el olor, vieron la escena y quisieron volver, pero la multitud en sentido contrario les impedía cualquier intento de retorno. Algunos periodistas siguieron despachando en vivo a medida que se alejaban, mientras que los espectadores seguían estupefactos el trágico ridículo de la máxima autoridad del país. "Te dije, te dije que estaban creciendo", dijo la mujer al marido, que miraba la escena del presidente con una leve sonrisa.

Los de seguridad sacaron al mandatario del agua y rápidamente lo llevaron a la clínica de la ciudad, donde el diagnóstico fue intoxicación por los mismos contaminantes que contenía el agua. El fracaso del acto público evidenció la farsa entre industriales y la presidencia. El gobierno, totalmente incapaz de recuperar la confianza de los votantes y siendo culpado de confabular con las empresas para atentar

contra la gente, cayó a los pocos meses, siendo sustituido por otro que se declaraba más lejano ideológicamente a los salientes de lo que realmente estaba. Las ventas de las empresas relacionadas a los grupos controladores de las industrias tardaron varios meses en volver a un mínimo exigible para su solvencia. Los movimientos que antes estaban en contra de la operación de las industrias en el río cobraron una fuerza absoluta, así es que las tres cerraron sus operaciones en el lugar, no sin antes decir que el gobierno debía dar explicaciones por arrastrarlos a esta farsa.

Mientras tanto, se detuvo la persecución de los eventuales responsables del atentado, al haber inculpado a un representante de cada minoría presente en el país, pero sin ninguna prueba concreta que permitiera un juicio. Algunos fueron inculpados varias veces, no era raro que pertenecieran a varias minorías a la vez.

Poco a poco se fue hablando menos de los globos en los medios oficiales. Los habitantes del pueblo eran los únicos que pretendían no olvidarse de ellos, promocionando el río que adornaron con todo tipo de globos. Un pequeño grupo, creado por la mujer que los descubrió, inició un movimiento para que el pueblo no olvidara. "Si no, ¿para qué fue todo?", dijo la

mujer cuando le preguntaron por qué lo hacía. Todos los servicios del pueblo ahora tenían una capacidad diez veces mayor que la requerida, que antes se completaba con visitantes que ya no querían visitar, por lo que el pueblo parecía una ciudad abandonada que sus pocos habitantes (menos que antes, porque varios habían decidido no vivir más ahí) no alcanzaban a dotar de vitalidad.

La gente de todo el país empezó a olvidar el asunto, que era reemplazado en los noticieros por nuevos hechos que captaban toda la atención. Nadie fue capaz de encontrar alguna de las muchas imágenes grabadas del suceso, solo unas cuantas fotografías. Hubo detenciones de quienes buscaron inmortalizar la escena con dibujos u otras formas artísticas. Las industrias antes adyacentes al río instalaron sus operaciones en otro río cerca de otro pueblo. Se podría decir que todo volvió a la normalidad tras un poco más de un año.

Ahora que volvió la calma, nosotros nos preparamos para otro golpe similar.

Despertar

Natalia Montenegro

El sol salió fuerte, olvidando por un momento el invierno. Los rayos que traspasaban la ventana de la cabaña llegaban directo al rostro de Alex, que dormía inquieto. La bulla de los pájaros retumbaba en su cabeza, y sentía el sudor en su pecho y los jeans cada vez más apretados. Abrió los ojos lentamente, como si los tuviera pegados, y frunció el ceño encandilado por la luz. Pestañeó varias veces e intentó enfocar en alguna dirección. Se destapó, aturdido, con movimientos torpes y aún desorientado. Se sentó al borde de la cama, no recordando cuánto había tomado y sintiendo en la boca la mezcla de alcohol y aliento de mañana.

Mientras intentaba reaccionar, sintió cómo se abría la puerta de la cabaña y de pronto el golpe seco de un bolso al caer al suelo. Alguien gritó su nombre desde la sala. Era Sofía. Se estremeció. Se paró rápido y avanzó apoyándose en las paredes, porque apenas

se podía el cuerpo, sosteniéndose de los muebles del pasillo hasta llegar.

—¿Dónde estabas? ¡Ayúdame! ¿Qué pasó aquí?

Se acercó a ella aún sin entender. Franco estaba tirado en el suelo y Sofía lo remecía buscándole el pulso desesperada. Se paralizó. Se agachó para ayudar en algo, pero no supo qué hacer con las manos. Lo vio en ropa interior, con la cara inflamada, los labios ensangrentados y lleno de golpes.

—¡Trae algo! Necesita calor.

Sin cuestionarla, volvió al armario del pasillo por una manta. Al cogerla notó que sus nudillos estaban rotos y al cruzarse con un espejo vio que tenía moretones en el rostro. Se detuvo para mirarse y en una fracción de segundo sintió que no era él, que no podía reconocerse. Sacudió la cabeza para desaturdirse, intentó recordar qué pasó, pero Sofía lo apuraba desde la sala.

Volvió y le pasó la manta esquivando su mirada. Lo levantaron y lo acostaron en el sofá. Sofía lo tapó y Franco balbuceó débilmente. A Alex se le erizó la piel.

Mientras Sofía hacía lo que podía para animar a su amigo, él fue a la cocina por hielo, abrió el refrigerador y lo único que encontró fue una botella de

whisky. La sacó y la puso sobre uno de los moretones de su pecho. Sintió una puntada de dolor. Sacó un vaso, se sirvió, lo bebió completo. Volvió a la sala y se puso un polerón ancho que estaba tirado en el piso.

Sabía que ella lo estaba mirando, pero no levantó los ojos. Observó a su alrededor y vio los restos de la chimenea. Imágenes confusas se cruzaron por su cabeza y las espantó saliendo por leña. Al volver fue directo a la chimenea y tiró los troncos.

—¿Cómo sigue?

—Falta limpiarle las heridas, pero antes necesita recuperar el calor. —Él sigue de espaldas y ella lo mira de arriba abajo—. ¿Fuiste tú, cierto?

—No sé, sigo sin entender —respondió seco, animando las brasas.

Por un instante solo se escuchó el crepitar del fuego y la madera quemarse poco a poco, la temperatura comenzó a subir.

—Voy por el botiquín, de seguro hay uno por aquí.

Salió rápido. Fue al baño y se paró frente al espejo. Sentía el cuerpo adolorido. Se lavó la cara, las manos y entre los dedos encontró sangre seca que se diluía bajo el chorro de agua. Se levantó el polerón, tenía una mordida en el pecho. Frunció el entrecejo

y estiró un dedo tembloroso para tocarse. Apenas se rozó retiró la mano enseguida. Se bajó el polerón y se afirmó del lavamanos con el agua aún corriendo. Cerró los ojos y al hacerlo sintió cómo lentamente un cosquilleo subía por su pectoral mordido, siguiendo hacia el cuello, lamiéndolo hasta llegar a su oreja. Abrió los ojos. Sus manos temblaban y apretaba con tanta fuerza el lavamanos que sus nudillos estaban blancos. Se miró, tenía los ojos rojos y algo llorosos, se los secó bruscamente con una manga.

Escuchó que lo llamaban desde la sala.

—¿Me oyes? ¡Algo de hielo!

Salió en dirección a la cocina y pasó por la sala. Los miró. Su cuerpo le pedía acercarse a Franco, y esto le hizo apretar aún más fuerte los puños. En la cocina sacó el whisky del refrigerador y bebió más.

Volvió con el resto de la botella envuelta en un paño y se la puso a Franco sobre el rostro. "Tú sabes qué pasó aquí. Mírame. ¡Mírame!", dijo para sí mismo, con la esperanza de que Franco entendiera, de que le hiciera alguna seña. Sus ojos volvieron a ponerse llorosos.

La cercanía con el cuerpo de Franco le hizo sentir su respiración. Se agitó. Manos ardientes, barbilla áspera, brazos fuertes, olor a hombre. Se le erizó la

piel. Se puso en pie de un salto, dejando la botella en el piso.

—¡Suficiente! ¿Qué pasó aquí? —dijo Sofía poniéndose de pie y tirándolo del brazo.

Se soltó y caminó en círculos por la habitación. La ansiedad por saber lo estaba matando, parecía un animal encerrado. Manos ardientes, mordidas, barba, brazos fuertes. Se detuvo frente a ellos, conteniendo el llanto con los ojos cerrados.

—Devuélvemela —le dijo a Sofía apuntando la botella.

—Dime por qué pelearon —le contestó mirándolo fijo, como tratando de descifrarlo, de sacarle una respuesta y puso la botella tras su espalda.

—¡Devuélvemela!

Le quitó el whisky. Bebió. Los miró. Contuvo las ganas de reventar la botella contra la pared. Sofía notó que el cuerpo de Franco se tensaba cada vez que Alex subía la voz.

—Llevémoslo a la pieza mejor.

Alex asintió y se agachó para levantarlo. Sofía lo miró en silencio. Amigos de veinte años, el trío inseparable. "¿Los dejo solos una noche y las cosas terminan así?", pensó mientras lo veía terminarse

la botella. Apretó los labios y contuvo las ganas de presionar más.

—Debí llegar con ustedes anoche —dijo, ayudando a levantar a Franco y terminando con el asunto.

Él tomó el brazo de Franco y lo pasó sobre sus hombros. Lo levantaron, Sofía lo sostuvo por el lado izquierdo y avanzaron lentamente hacia la habitación. Franco intentaba apoyar los pies para caminar, pero estaba débil y el pasillo era largo y angosto. No cabían los tres. Alex lo tomó en sus brazos y al sentir su entrega se despertó en él un hormigueo que reconoció. Imágenes, una tras otra, se cruzaron por su cabeza.

Decidió dejarlo en su cama, donde aún llegaba algo de sol. Lo tapó, quiso detenerse a mirarlo, pero su ansiedad le pedía arrancar. Al salir del cuarto se tropezó con un zapato. Miró alrededor. La ropa de Franco estaba tirada por todo el piso: cinturón, polera, calcetines. Continúo mirando y se encontró con sus propios bototos y su camisa leñadora. Los recuerdos vinieron de golpe, junto con las sensaciones, y no pudo seguir avanzando. Sintió la mordida, su respiración agitada, el olor de su cuello, el ardor de su mejilla, el roce de todo su cuerpo. No pudo evitar

las lágrimas y con el puño golpeó fuerte la pared. Recordó lo áspero de su barba, sobre todo la barba, sus brazos fuertes arrancando su camisa y la forma en que lo tiró a la cama.

—¡No! —gritó sin contenerse—. ¡No, no!

Recordó su mirada fija, cómo acariciaba su rostro, la forma en que lo tocaba. Sofía lo llamó y al momento llegó desde la sala hasta el marco de la puerta donde Alex apenas se afirmaba.

Sintió que no podía más. Recordaba placer, él quitándole la camisa, culpa, mordidas en el pecho, rechazo, empujones, rabia, golpes. Sus rodillas flaquearon, cayó al piso y Sofía trató de sostenerlo. Su pecho se contrajo, sintió pánico, la contradicción de su cuerpo, no quería preguntas, solo despertar de esa pesadilla.

Se arrastró por el piso y quedó de rodillas frente a él y lo miró directo a los ojos.

—¡Esto se acabó! —dijo Sofía acercándose—. ¡Explíquenme qué pasó acá!

Franco lo miró. Se quedaron así por un momento. Respiró profundo, observó la habitación, esbozó una sonrisa y con dificultad dijo:

—Solo bebimos demasiado.

Ya no serás más

Diego Candia

"Dios te salve, María, llena eres de gracia…" es lo único que distingo entre esos murmullos que se suceden mientras los dedos se van deslizando por los rosarios. Años atrás mi tía había querido instruirme en estos rezos, pero cuando comprendió que la próxima vez que la visitara ya habría olvidado cualquier enseñanza, desistió.

***

"Tú tío se va a morir", fue lo que me dijo mientras soltaba el llanto. Eran casi las nueve cuando contesté el teléfono, y apenas reconocí la voz de mi tía saludándome pensé lo peor. Ella lo confirmó con una frase lapidaria. Hacía seis meses nos habían avisado que él tenía cáncer. Mis padres lo visitaron varias veces, rogándome que los acompañara, pero nunca me decidí a hacerlo, por lo ajetreado de mi vida laboral,

pero también por mera displicencia. De hecho, ni siquiera iba al pueblo hacía varios años.

Le quedan pocos días de vida. Eso relataba mi tía, comenzando con un "dijo el médico", como si citando a la autoridad se cumplieran sus deseos de apartar las emociones de algo que de otra forma sería incapaz de comunicar. La estrategia dio resultado por menos de un minuto, porque pronto estalló en llanto mientras lograba decirme que la situación era del estado en que "ya no se puede hacer nada", una forma que siempre me ha parecido extraña de maquillar la inminente muerte, igualándola a la inacción. "Eso es justamente lo que significa estar muerto", pensé mientras escuchaba sus sollozos a través del teléfono. La calmé con algunas frases dichas casi al azar, con cierto sesgo religioso, mientras sentía la culpa por mi ausencia. Antes de que terminara la llamada yo había decidido que partiría al día siguiente a visitarlos.

Me serví un par de vasos de whisky. La ciudad se desplegaba ante mí a través de la ventana, con todas sus luces repartidas en edificios que me parecían tan uniformes que cerré las cortinas para evitar su presencia y me fui a dormir.

Estaba en una carretera. Avancé y pude ver que terminaba en un abismo. No podía parar, iba a caer. Logré mirar hacia abajo y vi un río de aguas rojas.

***

Poco a poco la sala adaptada para el velorio se va llenando. Mis papás predijeron que así ocurriría después de la hora de almuerzo. Todos, salvo algunos familiares, son del pueblo cercano. Cuando yo era niño quizás no hubieran venido tantos, pero ahora es más fácil, todo el camino está asfaltado. El viaje desde Santiago me tomó dos horas menos que si lo hubiera hecho hace veinticinco años. El trayecto me pareció casi en línea recta, directo al polo sur, mientras el paisaje se tornaba cada vez más verde, hasta que llegó el momento de desviarse. Llegó una ciudad, luego el pueblo y finalmente el campo. Casi la inversa de la historia humana.

"¡Mira que está buenmozo!", exclaman dos mujeres cincuentonas al verme. Dicen que me conocen hace años, yo no sé quiénes son. Solo les sonrío. El rosario ya paró, por suerte. Casi todos aquí son de la edad de mi tío. Amigos, supongo. A un par creo reconocerlos, pero la memoria se desvanece tras

tantos años. Al que sí recuerdo claramente es al que se queda observando desde la entrada de la sala, sin animarse a pasar hasta que mi papá se lo dice con una sonrisa. Es don José.

En esta casa y sus alrededores pasé tardes enteras jugando con mis primos e hijos de campesinos del lugar. A veces don José nos alentaba mientras descansaba. Cuando queríamos un respiro nos sentábamos junto a él y escuchábamos sus historias, desde el clima hasta la vez que se le apareció el Diablo.

Los cafés empiezan a llegar. A cada uno se le entrega una taza pequeña que una empleada pasa llenando con agua caliente. A ella no la conozco, aunque aparentemente lleva varios años trabajando aquí. Al final el extraño soy yo. Por la ventana se ve una parte del campo que rodea la casa. Es el mismo que tantas veces visité, aunque pasado por el inevitable filtro de la modernización. Me recuerdo como un niño corriendo por esos terrenos infinitos, por los lugares que antes, cubiertos de barro en invierno, nos servían como improvisadas trincheras. Mi vista llega al viejo estacionamiento, que luce parecido a como era hace años.

La gente conversa en una voz que pretende ser baja, pero que va subiendo de a poco, hasta que se dan

cuenta de que hablan demasiado fuerte y la vuelven a bajar. El ciclo se repite varias veces. Trato de no hacer contacto visual con nadie, no quiero que me hablen. Es el tercer día que estoy aquí, ya dije todo lo que tenía que decir y escuché lo que tenía que escuchar.

Con la única que me gustaría hablar es con mi tía, para tratar de subirle el ánimo, pero está ocupada recibiendo a los que vienen a darle el pésame.

***

Cuando llegué quise ver inmediatamente a mi tío, pero me convencieron de dejarlo dormir. Con lo que le costaba para qué lo iba a estar despertando, dijeron. Tenían razón. Saludé a mis primos y nos sentamos todos a comer. Conversamos de eso que llamamos la vida, casi olvidándonos de que en el mismo lugar alguien luchaba por no desprenderse de ella. Entre sonidos de tenedores y cuchillos hasta nos reímos un par de veces, algo que probablemente no ocurría en esta casa hace semanas.

Al terminar la comida fui a verlo, prometiendo no hacer ruido al entrar. Dormía y la enfermera que lo cuidaba estaba a su lado. Ella tenía unos cuarenta años, pero cuando sonreía se veía más joven. "Si quiere

salgo", dijo, pero yo le contesté que no era necesario. La pieza estaba oscura y calurosa. Yo esperaba entrar a una habitación helada, pero una estufa quemando parafina espantaba cualquier frío mortal. En el velador había una figura de un Cristo con marcas de sangre en la piel, un mal intento de representar heridas de flechas, lanzas o látigos, supuse. Al cabo de un rato mi presencia allí tuvo poco sentido, mi tío disfrutaba del sueño, o eso parecía. Me fui a la pieza que me habían prestado, con suerte alcancé a sacarme los zapatos y me dormí.

Observaba escondido. Tenía poca visión. La cara de mi tío hace unos veinticinco años. Una camioneta que reconocí. Yo no debía estar allí. Afuera llovía mucho, era de noche. Parecía la más negra de todas las noches. Escuché un trueno y se me puso la piel de gallina, de una que temía ser degollada. Sonó una risa que parecía terrible.

***

El sonido de una taza al quebrarse me hace volver al presente. Mejor voy a sacar un pedazo de kuchen de frambuesa, aún son mis favoritos. No encuentro

sobre la mesa, solo hay platos vacíos. Mi tía se acerca y me dice al oído que hay más en la cocina, que saque un trozo pero que no lo traiga a la sala. "Gracias", le digo. Durante el viaje pensé en pedirle perdón por la ausencia, pero apenas llegué, su sincero abrazo de bienvenida me demostró que no era necesario.

***

—Es tan porfiado que no se quiere ni morir —soltó mi tía en medio de la conversación del desayuno. Era mi segundo día en la casa.

—No diga eso, señora —le contestó la empleada.

—Ay, Elianita, usted sabe que son bromas.

—Pero usted sabe cómo se pone el patrón cuando alguien hace bromas con morirse.

—Tanto respeto a la muerte —dijo mi papá, partiendo una marraqueta y untándola con mantequilla.

Todos nos tomamos un pequeño respiro, en silencio, supongo que cada uno delimitando su opinión sobre la muerte. Era precisamente el silencio el que cada vez se hacía más presente, evidencia de que todos estábamos volviendo a un mundo que nos habíamos permitido abandonar por un momento,

solo por no querer vivir la tragedia en soledad, amplificadora de todos los males. Ya nos habíamos puesto al día sobre la vida de los demás y ya habíamos agotado las conversaciones triviales. Solo nos quedaba esperar.

En la cena fue evidente que nadie quería decir una palabra, así es que decidí salir de la casa dejando mi plato sin terminar. Me alejé de las luces y, por la ausencia de luna y de nubes, se desplegó ante mí un cielo tan vivo que podía asegurar que nadie moriría esa noche, que la muerte no tenía cabida en el universo. Son ilusas las conclusiones cuando nos deslumbramos con la belleza.

—Están todos con tu tío adentro —dijo mi papá al llegar, mientras me extendía un cigarro—. Ojalá pase una buena noche. —Señaló a la casa. A los dos nos brotaba el vaho de la boca al hablar.

—Está muy bonita la noche —respondí, pensando en la belleza del cielo. El resto de la noche no tenía nada destacable.

—Sí —dijo mirando hacia arriba, quizás buscando algo más que las simples estrellas.

Nos quedamos en silencio un rato —parece que la muerte siempre viene con la ausencia de ruido—, hasta que él entró a la casa quejándose por el frío, con bastante razón, pensé. Los insectos, desafiantes,

aportaban el único sonido al lugar. Las gotas de rocío se acumulaban sobre el pasto. El calor del cigarro era cada vez más agradable, hasta que el frío me venció y entré. Me acosté sin demoras.

Un auto me llevaba a un cementerio.

—¡Aquí está tu tumba! —gritó alguien.

Yo intenté gritar con igual intensidad, puse todo mi empeño en ello, pero algo me silenció, una mano en mi boca, que me tapó también los ojos y se agrandaba tapándome toda la vista. No parecía una mano, era algo como un techo que me oprimía. Estaba en el cementerio. Todo lo demás era oscuro. Descubrí un espejo en mis manos y vi mi cara reflejada. Estaba llena de sangre. Hilos de sangre brotaban de mis ojos, de mi nariz, de mi boca, de mis oídos, parecían querer tener vida, parecían gusanos, eran gusanos moviéndose en mi cara. Y el trueno y la risa y el sudor. Sobre todo, la risa.

"Ya no serás más", le dijo la muerte a mi tío. Él hubiera luchado hace años, pero ya no tenía fuerzas.

Me despertó mi mamá llorando. Pude ver a través de las cortinas que ya amanecía. Las abrí y supe que el cielo despejado de la noche anterior no

se repetiría. Quise aparentar tranquilidad, aunque no sé si lo logré. Mi mamá salió de la pieza secándose los ojos. Entré a la ducha y no pude contener el llanto. Al final las lágrimas son agua, agua más agua, pensé mientras la ducha las hacía correr por mi pecho que se agitaba.

***

Es evidente que faltaron sillas, hay mucha gente de pie. Un primo lejano que viene llegando tiene que luchar contra la gente para poder ver el ataúd. "Perdón, disculpe, permiso, hola, buenas tardes", les dice a todos por el camino a ver a mi tío. O al cadáver de mi tío, que no sé si será lo mismo que verlo a él.

Don José se acerca a mí. Con una sonrisa nerviosa, desviando su mirada hacia el suelo. Tiene las manos gastadas. Me saluda por mi nombre.

—¿Se acuerda de mí?

—Cómo no me voy a acordar, don José —digo estrechándole la mano.

—Tanto tiempo que no lo veía, joven. —La sonrisa de don José deja su nerviosismo y por primera vez me mira a los ojos.

—Sí pues. ¿Usted cómo ha estado?

—Bien, bien. Con algunos achaques de viejo nomás, pero sano —dice con tono de disculparse.

—¿Pero todavía puede correr por el patio?

Apuesto a que sí.

—No joven, era con ustedes no más. Ahora ya nadie quiere jugar con un viejo —responde bajando la vista—. Y yo tampoco puedo correr mucho.

Después de un rato en el que seguimos conversando sobre cómo me iba en la vida, y en el que don José mostró una alegría sincera por mí, nos despedimos. Hasta qué edad va a trabajar este caballero, pienso mientras lo veo con décadas menos, buscándome por los alrededores de la casa, mientras yo lo observaba por una pequeña rendija.

Nadie se digna a abrir una maldita ventana. Mejor salgo a tomar aire, creo que el encierro me hizo mal. Camino un poco para relajarme. Veo la colilla de cigarro que mi papá botó anoche. Allí era el lugar de juegos. Me acerco y casi siento que me hace falta la pistola de palo que usaba para perseguir a los demás. Llego hasta el viejo estacionamiento. Me siento jadeando. Es extraño, pero tengo una sensación incómoda, quizás miedo. Miedo a algo particular y distinguible. El sonido del motor de una camioneta

encendiéndose, las vibraciones que lo acompañan, la risa de mis pesadillas. Tengo que alejarme de aquí.

Entro a la sala chocando con varias personas. Ahora están más callados, seguramente alguien pidió silencio. No sé si es peor esto o el bullicio que tenían antes. Sigo jadeando. Reviso mis bolsillos, en el derecho tengo las llaves de mi auto. No sé adónde ir. Tomo el camino que sigue hacia el sur. Intento poner mi mente en orden o, al menos, mi respiración. Llevo más de una hora manejando y me detengo en un recodo. No apago el motor. Todo parece familiar, pero es imposible, yo no he pasado por aquí. No hay nada más que una baranda donde el terreno se corta y empieza a descender bruscamente. Se escucha un río cerca. Sí, conozco este lugar. Salgo del auto, llego hasta la baranda donde miro un par de veces hacia abajo, pero no hay nada que me haga recordar más. El agua se escucha mucho más cerca de lo que realmente está. Olvido que aquí los ríos son enormes. Mejor vuelvo al auto.

La carretera hacia el horizonte parece sin fin, perdiéndose en la negrura de las nubes, como diciendo que aquello que es infinito no puede vivir incorruptible. Para eso está la muerte, pienso, mientras prendo la radio. No tengo ganas de partir todavía. Hay dos

tipos comentando noticias deportivas. Comienzan a caer suavemente gotas en el parabrisas, pero tal suavidad dura segundos, de pronto es un aguacero. Yo he estado aquí. Las gotas iluminadas por los focos de un auto, con este mismo horizonte de fondo. Antes no estaba esa baranda. Me cubro la cabeza con la capucha de mi casaca mientras vuelvo a salir del auto.

Toco la baranda con las dos manos, sintiendo el metal mojado mientras recibo toda el agua en mi cabeza y hombros. Veo las huellas de algo que alguna vez fue un sendero y que se ha cubierto de maleza. Salto con una agilidad que creía perdida hace años. Desciendo por el sendero luchando contra el pasto que se enreda en mis pantalones y el barro que dificulta dar cualquier paso. La lluvia entra hasta mis calcetines. Hay un terreno plano con manchones de pasto que termina en matorrales cada vez más densos. Si supiera qué estoy buscando todo sería más fácil. Esto es inútil.

Entro al velorio tratando de no toparme con nadie. Paso directo a la pieza a cambiarme de ropa. Algunos me miran con curiosidad, mi aspecto debe ser horrible. Me miro al espejo, tengo ojeras abultadas y mi frente con sudor. Una ducha caliente seguramente arreglará todo.

Voy a la sala y me siento junto a los demás que rodean el féretro. Son menos que antes. Aún no es de noche, pero está muy oscuro afuera. De nuevo están con los rezos, o eso parece, es un murmullo que ningún dios debe entender. Siento el calor de la estufa en la cara, aunque estoy lejos. Si no abrieron la ventana durante la tarde, ahora que recién dejó de llover menos lo harán. Es como si estuvieran acostumbrados a vivir en este agobio.

Hay un anciano al centro de un grupo. Tiene el pelo de un blanco casi perfecto, distinto a las irregulares canas de los otros asistentes, y unos ojos pardos profundos, sumergidos en sus cuencas. Parece que es el día de las memorias incompletas. Repaso todos los amigos de mi tío que alguna vez conocí, o que vi al menos en una ocasión. A él no lo reconozco. Dos veces nuestras miradas están a punto de cruzarse, pero creo que disimulo bien. Los que lo acompañan son mucho más jóvenes que él. Hasta más que yo, parecen adolescentes. Lo miran con admiración. "¡Shhh!", se escucha. El viejo del pelo blanco no calla, solo baja la voz. Los jóvenes se acercan más para escucharlo. Miro para el otro lado, donde está el ataúd. Me paro a ver a mi tío. Está con terno y corbata, como si fuera a una ocasión especial. Miro de reojo al del

pelo blanco, ahora conversa con otros de su edad. Los jóvenes están sentados en silencio. Son tres. Todos tienen el pelo muy corto. La cara de lo que antes era mi tío me sustrae por un rato de lo demás. No tiene ninguna expresión más que alivio. No mueren así. Les cierran los ojos y los maquillan, para dar un aspecto humano a algo grotesco.

De pronto escucho una risa. Esto es algo que no puede pasar. Las risas de los sueños y de la realidad no pueden ser idénticas. Miro hacia todos lados, buscando respuestas, pero todo es ahora difuso. La realidad es borrosa si no la puedo distinguir de las pesadillas. ¿De dónde viene esa risa? Desde mi mente. Hay otra idéntica, pero lejana. Esta es la real. Por fin hay una ventana abierta. La risa viene de afuera. Salgo del velorio empujando a todo el mundo. A unos cincuenta metros, está el viejo del pelo blanco subiendo a un auto junto a los jóvenes que lo rodean. Alguien le grita no sé bien qué, y él se ríe. Me cuesta respirar. El auto parte, y con él se va el origen de la risa de mis pesadillas. Siento ganas de vomitar. Recuerdo una oscuridad extraña, en movimiento.

Miro por el espacio que deja una tela que cubre el compartimiento donde me encuentro. Creo que

me llevan a la muerte. Veo una carretera iluminada por postes a distancia suficiente como para que una lluvia típica del sur convierta la noche en un negro casi perfecto. Una carretera de película de cine negro de los cincuenta. Hay tres sombras que se gritan entre ellas. De pronto, todo es un grito desgarrador y sangre corriendo.

—¿Qué le pasa? —pregunta mi tía. Su voz suena como un eco distante—. ¿Qué le pasa? —insiste.

—Nada.

—¿Cómo nada?, está pálido.

—No me siento bien.

—¿Quiere que le traiga algo? Está como la leche de blanco.

—Nada, tía, gracias. —Ella sigue parada junto a mí, esperando alguna explicación, lo mismo que quiero encontrar yo.

—He estado un poco enfermo —es lo único que se me ocurre decir—. Nada grave.

Me voy a la pieza. Pido a la empleada algún relajante, algo para dormir, le digo que estoy con fiebre, lo cual al parecer es cierto. Cuando despierto es de noche y en el velorio solo quedan los de la casa. Mi tía va hacia la cocina. Es el momento.

—¿Se mejoró, mijito? —dice antes que yo pueda preguntarle nada.

—Sí tía, me siento un poco mejor.

—Qué bueno. Le pasa por andar al frío allá afuera. —No sé cuántos segundos pasan antes de que pueda preguntar lo que quiero.

—Oiga, tía —digo procurando respirar profundo para evitar el leve temblor que empieza a asaltarme—, me gustaría saber el nombre de alguien que estaba en el velorio.

—¿De quién? —dice mirando por la puerta de la cocina.

—Era un hombre viejo, con el pelo muy blanco.

—Todos eran así, pues —contesta mientras saca una taza de una alacena.

—No, pero este era muy, muy blanco. Y tenía los ojos como hundidos. Andaba con varios jóvenes— digo casi sin respirar entre palabras.

—¿Usted dice el Coronel? —pregunta mientras prepara un café.

—¿Sabe entonces de quién le hablo?

—Supongo. El Coronel Neumann llegó con varios militares jóvenes. Pero él ya está retirado.

—¿Qué era de mi tío?

—Eran amigos, hacían negocios, las dos cosas, usted sabe que su tío era así. ¿Por qué pregunta? —dice mientras camina hacia la puerta sosteniendo un plato con una taza de café.

—Nada, nada, pensé que era otra persona.

Mi tía me mira mientras mueve su cabeza como negando algo.

—¿No quiere un café, mijito? ¿O un sándwich?

—No gracias, tía.

—Ya pues, acépteme un pancito siquiera.

—Parece que algo me hizo mal.

—¡Qué pena, mijito! Yo le hago una agüita.

Entiendo que no puedo rehusarme. Me sirve el agua y me invita a pasar a la sala. Me excuso para irme directo a la pieza, me tomo la taza. Tardo horas en poder dormir.

Soy un niño espiando en la caja de la camioneta de mi tío. Cuando pare, voy a bajarme y decirle que yo no quiero estar aquí, que era solo un escondite, que estaba jugando, que tengo un poco de miedo. Todo está muy oscuro. Algo me interrumpe. Son dos luces provenientes de los focos de un auto que se estaciona junto a la camioneta. Hay sangre y gritos. Se baja alguien con una cara que creo reconocer. Una mirada profunda,

unos ojos hundidos. Ahora no tiene el pelo blanco. Está junto a una sombra humana que enciende un cigarro. Saludan a mi tío y van a abrir el maletero del auto. Sacan un bulto negro. Escucho esa risa que es como un azote para mis oídos, nadie debería reírse allí. ¿Por qué no? Sangre y un trueno, nadie debería reírse, pero él se ríe. Están bajando un bulto negro, es una persona. Un relámpago lo ilumina y deja ver el terror en forma de violencia, la sangre le brota de todos lados. Suena otro trueno. El bulto grita y llora. La risa corta el sonido de la lluvia. Entre los dos lo golpean, mi tío observa. Él sigue gritando y llorando. Mi tío y el de la sombra toman al bulto y lo bajan al río. Un relámpago me deja ver la cara del que se ríe. Sus ojos profundos miran a los que bajan. Siento su risa llenando todo el ambiente. Me estoy orinando. Vuelven mi tío y el de la sombra, sin herido ni cuerpo.

Apenas amanece parto al recodo en la carretera, dispuesto a terminar con esto. En realidad, no quiero hallar un cadáver. Lo imagino con la misma cara llena de sangre que hace tantos años, como si la sangre fuera un testimonio de las vidas así terminadas. Es imposible encontrar algo sin ninguna referencia. Detengo el auto apenas puedo y suelto un llanto que

parecía ahogado. Me quedo un tiempo que parece siglos con la cabeza afirmada en el volante. Recuerdo que debo arreglarme para ir al funeral.

Voy al cementerio del pueblo decidido a enfrentar al tipo del pelo blanco, pero no está por ninguna parte. Todos se encargan de remarcar las virtudes de mi tío, barnizado por la perfección que protege a los muertos. Uno de mis primos habla para los asistentes antes de que echen la tierra sobre el féretro. Generosidad, amistad, amor, benevolencia, son algunos de los sentimientos que evoca. Yo presto poca atención, miro todos los accesos al lugar esperando una llegada que al final no ocurre.

Los familiares volvemos a la casa. La verdad ya no me importa que no sea el momento, debo contarle a mi tía lo que descubrí. Debe saber con qué clase de persona pasó sus días. Me ausenté muchos años de aquí, no le puedo fallar de nuevo.

—Tía, tengo algo que decirle. —Estamos en la cocina, ella termina de lavar platos. Los demás deben haber ido todos a sus piezas.

—¿Qué pasó, mijito? —dice mientras se seca las manos.

—¿Se acuerda del tipo por el que le pregunté ayer?

—No, ¿quién era? —Empieza a guardar la loza que estaba secándose en el lavaplatos, dándome la espalda.

—Un tal coronel Neumman, dijo usted.

—¡Ah! Ya, ¿qué pasa con él? —Sigue sin mirarme.

—Lo vi una vez con mi tío.

—Ya —dice después de unos segundos. Está secando un tazón con un paño.

—Cuando niño —aclaro.

—Ahá. —Sigue secando el mismo tazón.

—Yo me escondí en la camioneta. Ellos no sabían que yo estaba ahí. —Mi tía se queda inmóvil, con la mano sujetando el paño dentro del tazón, pero sin moverse. Lo deja a un lado y se gira hacia mí.

—Pero mijito, los niños imaginan tanta cosa.

—Pero tía, es algo grave. Déjeme contarle.

—No tiene nada que contarme, mijito.

—¡Pero tía! ¿Usted? ¿Usted ya…?

—Mire, mijito. Lo que usted haya visto ahora da lo mismo. Su tío ya falleció. Qué le vamos a hacer. —Me hace cariño en el pelo y se va de la cocina.

Lo que siguió después lo estoy reconstruyendo ahora que estoy más lúcido. Dicen que me vieron salir corriendo de la casa, subirme al auto y partir. Cuando llegué al recodo, bajé por el sendero y empecé a cavar

con las manos, haciendo agujeros irregulares y poco profundos que solo consiguieron hacerme sangrar los dedos. "¡Tiene que estar aquí!", gritaba cuando don José me encontró y me abrazó para calmarme. Empezó a caer una llovizna suave mientras yo seguía sollozando con las manos cubriéndome la cara, sentado al lado de don José que a ratos me daba palmadas de apoyo en la espalda.

—Hay mucha maldad en este mundo —dijo y nos quedamos en silencio—. Vamos a mi casa, joven, le convido un cafecito.

—No puedo sacar esto de mi cabeza —le dije mirando al horizonte. Una brisa helada pasó por mi rostro.

—Nunca se puede —respondió él—. Uno no olvida estas cosas. Aunque pasen años, créame.

Esto es solo pa los rumberos

Daniela Cid

"Cuando empecé era igual de tiesa que tú", me dice la Tati, mi nueva profesora de salsa. No sé si sentir alivio o kilos de vergüenza. Opto por lo primero y apelo a mi espíritu deportivo o a lo que recuerdo de él. No importa que el resto del grupo esté bailando al otro lado del salón: "vine aquí para soltarme", me arengo, mientras observo mis movimientos en un espejo que recorre la pared.

—¿Has bailado salsa alguna vez? —pregunta Tati.

—Tomé clases en la universidad, cuando era estudiante —trato de justificarme—, pero creo que a estas alturas olvidé todo.

—No te preocupes, linda, te enseño el paso base y con eso quedarás lista para unirte a los demás —me asegura mientras de fondo suena una canción de Albita Rodríguez que me parece haber escuchado en una película.

Decido creerle y, aunque la voz de la cantante cubana me advierte que esto es solo pa los rumberos, me esfuerzo por retener la secuencia: un, dos, tres, mambo, cinco, seis, siete; que para mí significa pie izquierdo adelante, pie derecho en media punta (que tiene que pasar hacia atrás), mientras ahora es el pie izquierdo el que debe quedar en el medio... El de la profe Tati, en realidad, porque el mío sigue atrás, aunque me parece que el derecho también y, sin darme cuenta, con un adelante, centro, mambo atrás, doy un giro que nadie pidió y caigo al suelo.

Me pongo de pie.

—¡Que se queden los que saben bailar! —escucho nuevamente a Albita de fondo, como si presenciara en vivo mi falta de sabor.

"No importa", me arengo nuevamente. La Tati tiene un genuino interés en que aprenda, yo tengo un genuino interés por recuperar el tiempo perdido y Albita… bueno, Albita vive en Miami. No sé de qué sabor me habla.

—¡Pie adelante, vista al frente! —me apremia Tati.

Le hago caso, levanto la vista y me reencuentro con mis movimientos en el espejo: matapasiones total. "Aprieta la guata, contrae el piso pélvico, ya no

tienes veinte", me auto ordeno antes de repetir por enésima vez la misma secuencia del paso base, con la esperanza de que ahora los hemisferios de mi cerebro se pongan de acuerdo. "Pie izquierdo, punta, derecho, mambo atrás, pie izquierdo, punta, adelante. Pie derecho, punta, izquierdo, mambo atrás, pie derecho, punta, adelante".

—¿Viste que no era tan difícil? —pregunta Tati. Le respondo con un suspiro y la sigo para unirnos al resto de la clase. A medida que me acerco a mis compañeros nuevos me doy cuenta de que, a pesar de mi tenida deportiva casera y de que a casi todos les doblo la edad, puedo ver en cada uno de ellos un poco de mí. No todos son delgados, no todos llevan el ritmo en la sangre, no todos saben bailar.

Uno de ellos parece cultivar el estilo "recién salido de la cama, orgulloso de su chasca", igual que mi hijo Seba. Cerca de él, un grupo de compañeras de trabajo conversa sobre un seminario al que irán mañana. Una mujer de mediana edad, acompañada por alguien que parece ser su marido, le dice algo a Tati con acento centroamericano. Más allá, una pareja de recién casados, o a punto de casarse, practica pasos con gran complicidad. Una mujer joven, rubia y vestida con pantalones de trekking y zapatillas, los observa con

atención, sin notar que unos cuantos salseros solitarios la observan a ella también.

Al otro lado del salón dos chicas practican con mucha energía. "No, así no es", dice una de ellas al tiempo en que se enreda en dar una vuelta y suelta una carcajada que llama la atención de todos en el salón. Al vernos sonreír ella responde con otra sonrisa que me recuerda a la de mi Sofita.

Un poco más acogida y relajada, giro la cabeza descuidadamente hacia el espejo y veo a una mujer seria observándome fijamente.

—Tenemos caras nuevas hoy —dice en voz alta una presencia masculina vestida de negro que se presenta como "el otro profesor de la clase".

Se llama Pato, tiene una sonrisa que hace unos veinte años me hubiera derretido, pero hoy no. O quizás sí, un poco, aunque preferiría que no. Mi hijo me diría "está bien que te distraigas, mamá, para con eso"... Mi Seba, mi Sebita, que me sostiene como si fuera un volantín de papel a punto de rasgarse.

—Somos veintiún mujeres. ¿Cuántos hombres? —pregunta Tati.

—No conté, pero hay menos hombres hoy. La que quede sin pareja bailará conmigo —responde el otro profesor de la clase.

Al iniciarse el ritual de emparejamiento me tranquiliza la idea de bailar con Pato, porque me guiará y solo me limitaré a seguirlo. "Si algún paso resulta mal no pasará nada", me animo como tratando de obviar la imagen de esa mujer que me mira con seriedad desde el espejo.

Comienzo a elongar las piernas —quisiera concentrarme en elongar las piernas—, pero justo cuando mi mirada alcanza el suelo veo unos tobillos flacos cerca de los míos.

—No tiene pareja, ¿verdad? —me dice el joven chascón parecido a mi hijo.

—No —le respondo algo aturdida.

—No se preocupe. No es difícil. Tiene que seguirme no más.

"Tengo que seguirlo no más", repito mentalmente.

—Ok, ¡paso base! —grita Pato entre sones y trompetas.

Mientras tarareo el un-dos-tres-mambo-cinco-seis-siete, sigo al joven Chascas y evito mirar hacia el espejo, pero sé que está ahí. Comenzamos a movernos con fluidez, creo, hasta que Pato anuncia cambio de pareja y, después de un giro, alguien con acento centroamericano me toma del brazo.

—Me llamo Miguel, ¿y tú? —se presenta.

—Marcela.

Por un instante lamento el cambio de pareja, pero se me pasa al descubrir que Albita Rodríguez tiene razón: al que nace pa rumbero, del cielo le cae la clave.

La forma en que me lleva Miguel es distinta, aunque después de un rato me acostumbro, siento menos torpeza en mis pasos y comienzo a pedir deseos: el primero, que no vuelva a haber cambio de pareja hasta que acabe la clase; el segundo, si hay que cambiar de pareja, que me toque con Pato; el tercero, que si me toca con Pato, descubra un talento desconocido en mí y logre salir bailando de esta clase.

El recorrido mental por mis deseos se ve interrumpido por una nueva indicación de Pato. Miguel me sugiere que no me preocupe y solo lo siga. En un instante de distracción me fijo en que a nuestro lado está la niña risueña con un chico que la lleva un poco a destiempo. Cuando se da cuenta de que la estoy mirando me hace un gesto con los labios apretados y se encoge de hombros. Pato anuncia otro paso llamado enchufla. Veo que los demás giran, los sigo y, en un abrir y cerrar de ojos, mi pareja vuelve a cambiar. Ahora es la niña sonriente quien comienza

a bailar con Miguel y yo, con el joven que la llevaba a destiempo. Aunque no me gusta el cambio, sonrío a mi nueva pareja como queriendo decir "hola". Él me sonríe de vuelta, pero no responde porque está pendiente de sus pies y me obligo a estar más atenta que nunca.

—¡Guapea, mambo, enchufla! —grita Pato, marcando el ritmo con las palmas.

Mi nueva pareja no sabe llevar, pero por suerte veo a la Tati a lo lejos e intento seguir sus movimientos. En eso estoy cuando, por un instante, me desconcentro y dirijo sin querer la mirada hacia el espejo, mi pie se cruza con el de la niña risueña y ella cae al suelo con el peso del cuerpo sobre un brazo, dando un grito de dolor.

—¡Lo siento! —me disculpo y me inclino a ayudarla.

—¿Qué pasó? —pregunta Tati acercándose.

Cuando levanto la cabeza veo que todos han parado de bailar y escucho a Albita Rodríguez decir que los desertores de la rumba entre nosotros, nunca estarán presentes.

—Frené al revés —respondo.

—¿Qué?

—Frené al revés —repito.

—Marcela, ¿estás bien? —vuelve a preguntar Tati, mirándome con preocupación.

"Frené. Frené en lugar de acelerar", repito mentalmente. Sin permiso, dos lagrimones caen lentamente por mi cara. "Frené. Frené en lugar de acelerar", repito despacio, mientras levanto la cabeza y quedo mirando, nuevamente, hacia el espejo. Ahí está ella. Cierro los ojos para evitarla, pero aun así la siento presionar para no ser ignorada. Una luz intensa atraviesa mis párpados y, como en una tira de negativos, distingo la imagen de un hombre con uniforme de paramédico, un cuerpo sobre el pavimento, un bus que retrocede lentamente para dar paso a muchas flores, velas blancas y mis manos tomadas por otras manos. Entonces abro los ojos y distingo a la niña risueña que ya no ríe más.

—Lo siento tanto, hijita. Lo siento tanto, mi Sofi —comienzo a sollozar.

Un bongó y nuevos sones me acompañan a lo lejos. Esta vez nadie se anima a bailar.

El espíritu de los Andes

Paz Escandón

Esa mañana sale temprano camino al terminal de buses. La dificultad para llevar tanta carga consigo se hace evidente. La frazada a cuadros enrollada bajo la mochila, el termo rojo y la botella de agua son solo parte de su equipaje. Lo más difícil de acarrear es la bolsa matutera que usa la Mari para ir a la Zofri. Pero es, sobre todo, su pie desalineado lo que hace del trayecto un espectáculo triste de observar.

Además de la matutera, su hermana le dio la plata justa en una bolsita anudada para comprar el pasaje de ida y vuelta. Al llegar al terminal, busca el cartel verde con letras amarillas y espera en la fila. Sin dejar de observar la punta de sus zapatos, llega hasta la ventanilla.

—La Tirana, ida y vuelta, gracias.

—Señor, el próximo bus sale en dos horas y media.

—La Tirana, ida y vuelta, gracias.

La mujer lo mira con desdén y agrega:

—Son tres mil quinientos pesos.

Nelson pone sobre la mesa la bolsa anudada que lleva en el bolsillo.

—Su boleto señor, andén 6. El bus sale a las 15:30.

Con el boleto en la mano, la mochila en la espalda y la gran bolsa abrazada con tensión, avanza por los pasillos buscando al joven vestido de azul para decirle:

—Andén 6. El bus sale a las 15:30.

El joven lo mira. Nelson extiende su mano, acercándole el boleto arrugado. El joven se inclina con indiferencia y lee.

—Andén 6. El bus sale a las 15:30 —repite Nelson un tanto nervioso, observando sus zapatos.

El joven lo mira de reojo, suspira y lo guía hasta el andén.

Dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario, apoya la bolsa matutera en el suelo sin dejar de sujetarla con sus manos, mientras viejos buses entran y salen acarreando tumultos de hombres y mujeres que pasan muy cerca de él. Siente los cuerpos empapados de sudor de pampa y reconoce llantos de niños ajenos, pero Nelson solo piensa en su bolsa y que no la pisen ni aplasten. Cada tanto la levanta con

dificultad sobre sus hombros, empinándose a veces de forma torpe sobre la punta de sus pies desajustados, hasta que por fin el bus con el mismo número que aparece impreso en su boleto se acerca a lo lejos.

Cerca de las cinco de la tarde el paisaje se torna árido, el sol intenso es absorbido por la tierra, mientras el aire polvoroso entra por todas las rendijas. Nelson escucha cómo chicharrea una balada tropical desde un parlante destartalado y reconoce a través de la ventana el paisaje inalterado: el límite dibujado entre el asfalto y el desierto, la animita de tres cruces, las rejas blancas con flores de papel y la visión de un pueblo lejano encumbrado más allá del llano que anuncia el desvío hacia el interior. Cada cuadro del trayecto está grabado en su memoria, por lo que sabe que está por llegar cinco minutos antes de que La Tirana aparezca en el horizonte.

El chofer anuncia el fin del viaje mientras se disputa una de las pocas sombras disponibles con una vieja camioneta. Al apagar el motor, sabe que ha ocupado posición apropiándose del lugar por el resto de los días. De esta manera arbitraria se va armando alrededor del pueblo un intrincado tejido de buses,

autos, carpas y fogatas que se expanden hacia el desierto en anillos concéntricos.

Los pasajeros, ansiosos, intentan salir a empujones para ganar un espacio adecuado donde instalar sus hogares transitorios, ojalá bajo algún árbol generoso y suelo plano que asegure un buen dormir. La mujer que viaja sentada junto a Nelson deja de amamantar a su niño pálido, lo enrolla en un manto y se mezcla con el gentío atiborrando aún más el pasillo entre los asientos. Él, en cambio, espera hasta que todos bajen. Es lo que siempre le dice la Mari, así no molesta a nadie con su torpeza.

Hoy es día de víspera y todo es algarabía. Nelson sabe que deberá atravesar los campamentos improvisados para encontrar las casas del pueblo. Una vez allí, tendrá que caminar hasta la calle ancha que lo llevará hacia el centro, directo a la explanada. Antes de comenzar, se anuda un pañuelo en la frente. Sabe que el sudor que caerá por ella le hará picar los ojos.

Abstraído de los otros, avanza lentamente con sus bártulos encaramados a través de cocinas comunitarias, autos que hacen de dormitorios, toldos que resguardan juegos infantiles y parrilladas humeantes de carnes con adobos herbales. Cientos de comerciantes ya se han instalado con ofertas de patines luminosos

y autos a control remoto. La rueda de la fortuna y la pesca milagrosa.

Unos minutos después, aparecen las antiguas casas ahora convertidas en pequeños santuarios, centros de reunión de viejas y legendarias cofradías. Sus puertas abiertas dejan ver vírgenes ataviadas de flores, guirnaldas y luces de colores. Mesas largas reciben a sus devotos miembros que cuelgan en percheros improvisados sus trajes, máscaras y plumas. Los sofás y sillones han sido sacados a la calle, donde las mujeres mayores se sientan a ver pasar a la multitud mientras peinan a niñas de largas trenzas.

Ya en la calle ancha, la vereda se transforma en un gran comedor abierto. Los fuegos, humos y fritangas se entienden con los manteles de hule y pizarras que venden salchipapas y completos. Hombres y mujeres devoran caldos reponedores en silencio, regalando un corto sosiego a los oídos de Nelson antes de dejar colar silbatos metálicos que anuncian el paso de trombones y bombos. Trompetas, tambores y panderos se funden ahora en un manso frenesí. Nelson se detiene para tomar agua de la botella que trae a cuestas, mientras tres hombres vestidos de corsarios pasan por su lado guiando una fila de gitanos danzantes, que tal como él, se dirigen hacia la explanada. Se endereza, inten-

tando alinear la espalda para seguir sus cascabeles. Sordo de música y movimiento, cuenta los pasos hasta que la súbita dispersión del ruido lo obliga a levantar la mirada. Ahí, en la última esquina donde la tierra termina y comienza el asfalto se abre la gran plaza, la explanada luminosa repleta de color y ensoñación, donde el hombre se hace devoto en medio de diablos, ángeles y osos. Múltiples cofradías compuestas por cincuenta, ochenta o cien personajes que danzan sudorosos al ritmo de sus propios tambores, en un orden meditativo y sagrado.

Siente cómo su respiración se agita y busca ansioso hasta divisarla a lo lejos. Alzada en un trono sobre la multitud, en el umbral de su sencilla casa, vestida con su mejor traje, rodeada de flores y guirnaldas observa a sus hijos. Nelson se apresura para acercarse lo más posible a ella, colándose entre jóvenes elegantes que lanzan báculos al aire y mujeres de trote nervioso. Se detiene cuando por fin llega a sus pies. Respira profundo tratando de contener el entusiasmo y con una calma renovada apoya la bolsa matutera en el suelo y despega de su espalda la mochila para dejarla a un costado. Se sacude el polvo. Desata el pañuelo sudoroso de su cabeza y lo dobla delicadamente para guardarlo en el bolsillo de su camisa.

Nervioso e inestable, intenta varias veces abrir la enorme bolsa hasta que lo logra. Lenta y ceremonialmente saca un bulto envuelto en papel de diario, se arrodilla para desempacarlo revelando un gran volumen de plumas negras. Invisible a los ojos de otros, continúa abriendo otros grandes y pequeños paquetes que metódicamente desenvuelve y ordena en el suelo. Aún de rodillas, toma cada trozo de envoltorio desocupado para estirarlo con paciencia, plegar con pulcritud y guardar en la misma enorme bolsa.

Se levanta con la cabeza gacha, apoyando sus manos sobre las rodillas y equilibrando el vaivén propio de su estructura desviada. Por varios segundos observa de pie cada uno de los bultos y como un acto inconsciente, comienza a recoger cada uno en el orden establecido. Delicadamente extiende el conjunto de plumas que resulta ser un delicado traje abierto por la espalda. Con una ligereza extraña a su modo habitual, Nelson entra en él poniendo sus piernas de una a la vez, luego sus brazos y tira del cordel por sobre su hombro para subir el cierre trasero. Otro bulto de brillante carmín se expande entre sus manos como una pechera barroca, adornada con una enorme cruz en el centro y flores bordadas. La acomoda sobre su pecho sin pasar a llevar ni una pluma del traje. El

tercero es una capa dorada con un delicado escudo de Chile, la que con un movimiento rápido y certero gira por sobre su cabeza y amarra a su cuello. Chequea que los jóvenes elegantes mantengan el ritmo con sus báculos en el aire y prosigue desplegando el último bulto que descansa frente a sus pies: un par de alas colosales tejidas con plumas blancas y negras que calzan como guantes en sus brazos. Finalmente, toma con delicadeza una máscara de gran pico amarillo que deja descansar bajo su brazo izquierdo.

Cuando está listo, levanta la mirada. Retrocede unos cuantos pasos, se arrodilla ceremonioso, se persigna y mirándola a los ojos, le dice: "ya estoy aquí chinita". Nelson ve cómo la Virgen del Carmen le devuelve una sonrisa.

Observa la punta de sus pies por última vez. Cubre su rostro con la máscara. Extiende los brazos y dos enormes alas confirman su presencia. El ritmo de un bombo se cuela por su piel y al siguiente golpe gira la cabeza como un ave de rapiña. Cauteloso, observa a su alrededor atento a la caza, levanta su pico como queriendo oler el sol y dobla un ala tras otra de forma certera. Camina en círculos agazapado, de súbito extiende el cuello y su cuerpo completo para volver a caminar en espiral. Los hombres de los

báculos detienen sus malabares y las mujeres su trote nervioso. De pronto el tiempo se vuelve mas lento, los sonidos se dilatan y el entorno se funde. Un aleteo enérgico, luego otro y una firme torsión de cuello deja su mirada fija en la Virgen. Curva su espalda hacia el vientre mientras se equilibra sin prisa en un pie, toma aliento para dar un salto sorpresivo, extendiendo sus alas perfectamente alineadas. Tres estertores acompasados dan paso a una serie de movimientos ondulares, intrépidos, vivarachos. El bombo acelera su cadencia y la progresión se desata en perfecta armonía. Cada nuevo gesto es más grandioso que el anterior, ligero e ingrávido se expande para hacer el espacio suyo. Las gitanas, diablos y osos le abren paso para dejarlo dibujar círculos entre la multitud.

Ya no hay otros bailes, cantos ni bandas. Ya no hay otras plegarias ni rogativas. El centro de la explanada está iluminado por un espiral de gloria, donde el hombre devoto transfigurado en cóndor despliega su majestuosidad en un rito que se vuelve milagro, portento de un cuerpo enfermo que se convierte en todopoderoso. Su mente, ahora agudizada, articula gestos, sonidos, imágenes y movimientos al unísono. Se regocija, como nunca antes de un modo fluido, ágil y hermoso, mientras docenas y luego cientos de

personas se reúnen a su alrededor, guiados por el éxtasis de quienes exclaman llamándolo el magnífico Espíritu de los Andes.

Los inocentes

Gema Cabrera

I

Cae la bomba. Vuela tierra, concreto, metal y trozos de cornisas. Todo al azar. El fuego se prende entre las ruinas, olor a carne quemada y gritos de terror. Llantos invaden el aire, atravesando la espesa bruma irrespirable. Un pie destrozado entre los escombros, un brazo, girones de ropa por todos lados, gente inconsciente, niños con la cabeza aplastada y mucha sangre, sangre fresca, rutilante, formando pozas en el suelo y manchando los restos de muros.

Se disparan sirenas por todas partes, ambulancias, alarmas de bombardeo y carros policiales. Entre la confusión y la polvareda se oyen rescatistas: ¡por aquí!, ¡acá también!, ¡ayuda!, ¡rápido, rápido!

Entre la nube asfixiante se vislumbra la silueta de un joven buscando en los escombros. En la penumbra

de un rincón encuentra a una niña agazapada. Tiene la mirada turbia, está inmóvil, casi no pestañea.

—¡Ey, chica! ¡Ey! —le dice tomándola del brazo.

Ella lo mira, frunce el entrecejo y balbucea algo ininteligible. Se suelta de un tirón de la mano que la sujeta.

—¡Rápido, muévete! —dice el rescatista tirando de ella una vez más.

—¡No! —grita ella con firmeza.

II

Por su cabeza se cruzan los abrazos de su madre. Se ve jugando en la calle con sus amigos. Su padre llevándola de la mano al colegio. El último cumpleaños, la torta con once velitas. Las risas y los cantos cada vez que se sentaban a comer.

Recuerda cuando oyó sobre los hombres y sus camionetas, que llegaban acompañados de balas que arrasaban todo. Estando escondida escuchó que entraban a las casas, mataban a la gente, destruían lo que encontraban y prendían sus motores alejándose.

Después de eso vio a su madre levantando una alfombra: una trampilla, un sótano.

III

—¡Muévete niña! —le dice él sacudiéndola.

Una vez más ella se niega, aunque por dentro siente el miedo, el corazón desbocado y las ganas de acurrucarse en el regazo de su madre.

Pero ya no está, es ausencia perenne.

IV

Una vez en el sótano, su madre bajó con comida para consolarla. Sus labios le temblaban, pero aún así sus palabras eran cariñosas al dar instrucciones.

—Escúchame —le dijo mirándola a los ojos-, no confíes en nadie, ¿me oyes?, en nadie. Los uniformes son el enemigo. Si esos hombres entran quédate callada, pase lo que pase, mantente aquí y no te muevas.

Nunca la había visto tan seria. Comenzó a sollozar silenciosamente. "Aunque yo llore, grite, incluso si te llamo… tú te quedas aquí escondida, callada", se lo hizo prometer. "Si realmente me amas, obedéceme".

La mujer la rodeó en sus brazos cálidos. La acercó a su pecho acunándola y bendijo su frente. Sus ojos

húmedos se encontraron. Su madre subió en silencio. No volvió a escuchar su voz.

Luego varias pisadas entraron disparando ametralladoras.

V

Un zumbido ensordecedor. Motores de aviones. Cada vez más cerca, cada vez más intenso.

El joven la agarra y le grita ¡muévete!, varias veces.

La niña lo mira. Piel blanca, ojos claros, el pelo que se adivina rubio debajo del casco blanco. Tiene una mascarilla en el cuello y lleva un chaleco sin mangas. Siente miedo. Le da una patada y se suelta, refugiándose en su rincón.

"No confíes en nadie, no confíes en nadie".

El rescatista se levanta del suelo y recoge el casco. Su reacción lo deja sin habla. Intenta acercarse nuevamente.

—¡No! —le grita ella. Y esta vez su mirada es feroz.

VI

Su padre fue el primero en ser silenciado, seguido de las plegarias, llantos y gritos de su madre que se volvieron cada vez más guturales hasta que ya no la reconoció.

El piso sobre ella era golpeado una y otra vez, pero se mantuvo callada y no salió de su escondite. Tenía los músculos rígidos, se sentía de piedra, incluso su lengua era un guijarro frío dentro de su boca. Los hombres gritaban consignas, se reían y disparaban al aire.

Pero de sus padres ya no se oía nada.

Sintió los motores alejarse y luego silencio. Un silencio carente de toda vibración, suspendido en el tiempo.

No supo cuántos días pasaron hasta que el hambre la sacó de su agujero, temblorosa, sudando, subiendo apenas las escaleras. Empujó lentamente la trampilla y salió de abajo de la alfombra.

Era de día. La luz la dejó encandilada. Deambuló por la casa tambaleándose.

En un rincón había un bulto. Entre los rayos de sol que se filtraban por las persianas vio a su madre tirada en el suelo, desnuda, golpeada brutalmente,

con su suave piel llena de cardenales y sus pechos cercenados a machete. De sus piernas abiertas emanaba un raudal de sangre, ahora coagulada, dándole un tinte púrpura al resto de las alfombras.

Acarició su piel magullada. Pasó las manos con delicadeza sobre las llagas de sus pechos, ahora amasijo de piel y sangre.

Se levantó. Impávida. Y con el cuerpo estremeciéndose avanzó por la casa. En la cocina encontró otro bulto. Era su padre. Muerto de treinta balazos. Los contó uno por uno, introduciendo su dedo en cada agujero.

Vagó por las calles desoladas, hasta que los aviones comenzaron a surcar el cielo con su carga mortal.

VII

Los zumbidos de motores se sienten cada vez más cerca. Las explosiones suenan cada vez más fuerte. El joven la mira con la cara tensa, los labios contraídos y los ojos húmedos.

—¡Rápido! —le grita casi suplicando.

Ella en cambio no lo mira, pero mueve su cabeza de un lado a otro como respuesta.

Los zumbidos aumentan, otros rescatistas pasan atropellándose y gritándole ¡apúrate!, ¡corre!, ¡sal de ahí!

Sus miradas se encuentran.

Segundos, eternidades.

Hasta que él lo nota en sus ojos. La ausencia, el vacío, el abismo de la guerra. El zumbido de los motores ya está encima y más rescatistas pasan corriendo a su lado.

Entiende que es tarde para salvarla.

Aguantando las lágrimas se acerca y la abraza, conteniéndola con fuerza y dándole un beso fugaz en la frente. Ella lo empuja, lo golpea. Su boca se mueve, pero todo lo que dice es sobrepasado por las explosiones del exterior.

Llega otro rescatista y lo tira del brazo, obligándolo. Ambos corren hacia un vehículo con gente que les extiende las manos. Los aviones pasan rasando el suelo y cae otra bomba.

Estruendo.

Esquirlas vuelan por todos lados. Siente un golpe seco en la cabeza y todo se vuelve negro.

VIII

Al abrir los ojos ve una luz blanca, mira a izquierda y derecha, hay hombres heridos a ambos lados, se encuentra en la cama de un hospital. Las enfermeras y los médicos lo tratan como si fuera alguien especial. Se toca el vendaje de la cabeza con la mano que está sin suero. Le duele todo el cuerpo, "estás bien", dicen los médicos, "lesiones menores".

Pero a él lo que más le duele es el corazón, corazón roto por los ojos de la niña.

Línea muerta

Nicolás Hip

Eva camina descalza por el pasillo. Es de madrugada y el departamento está rodeado por una penumbra azulina. Aún palpita el calor de la tarde y solo lleva puesta una polera de dormir y un pantaloncillo corto de seda. Se afirma de un mueble, de una lámpara, del pomo de una puerta. Bota un jarrón de lirios y no le importa, para ella todas las flores están marchitas por dentro.

Pasa sobre el agua derramada arrastrando la mugre entre sus dedos y se detiene cuando llega al umbral de la cocina. Las baldosas tienen un diseño ajedrezado y siente su frescor en la planta de los pies. Al centro hay una mesa con una frutera llena de naranjas y al fondo un lavaplatos que gotea sobre la loza sucia.

El aire es tibio. La ciudad duerme. Eva está sola.

Recorre con los dedos la pared de su izquierda y se detiene cuando llega al teléfono que está colgado

a su altura. Levanta el auricular y gira el disco varias veces, intentando recordar el número, hasta que se queda en blanco y el disco se regresa por completo. Cuelga. A su espalda hay una ventana cuyos visillos se mueven.

Va a la mesa y apoya sus palmas sudorosas en el mantel de hule. Entre el elástico del pantaloncillo y sus caderas afirma un pastillero, del que saca un comprimido y se lo lleva a la boca. Esconde el pastillero entre las naranjas de la frutera.

Cuando vuelve al teléfono se queda pensando con la frente pegada en la pared, con una pierna medio flectada. Da golpecitos suaves con la cabeza y los minutos corren. La pastilla se deshace y siente los gránulos harinosos bajo la lengua. Se calma. Al rato descuelga el auricular y hace varios intentos hasta que consigue hacer la llamada.

Suena un tono tras otro.

Enrolla un dedo entre los espirales del cable y se muerde el labio. Al otro lado descuelgan y ella se apresura:

—¿Aló?... Yo de nuevo, lo siento, ¿estabas...? Claro, qué tonta.

La línea no responde. Eva continúa.

—Mejor que sigas... No, no, está bien, solo que... ¿Cómo? ¿Aún está contigo?... Ah, entiendo... No, no es eso, sé que te hace bien y me agrada.

El cable del teléfono es largo y rebota detrás de ella. Se sienta en el borde de la ventana, afirmándose de la barandilla que da al exterior.

—Sí, te escucho. Me estoy metiendo en la cama.

Su mentira la hace apretar el auricular. Se gira y mira a la ciudad. Un taxi frena en un semáforo y un par de borrachos caen al piso. El edificio de enfrente tiene un cartel de neón enorme y su secuencia de colores cambia los tonos de la cocina.

—No, no es eso. No podía dormir... Sí, muchas cosas, yo... ¿Ebria? Sabes que... No, cómo se te ocurre, solo que... espera.

Se acomoda en el borde de la ventana, con sus pies colgando hacia dentro.

—Me dieron pastillas para... ¡Claro que el doctor! No te dije porque estabas... Sí, sí sé, bueno, da igual, yo...

Aprieta los dientes. Se siente mareada.

—Bueno, no te dije muchas cosas.

Puede ver el pastillero asomado entre las naranjas de la frutera. El día anterior se atrevió con la primera

pastilla. No le había hecho nada. Luego esta mañana había tomado otra y ahora otra más.

—¿Cómo?... No, Santiago no está. Estoy sola... Lo sé, debí decírtelo... ¿Qué? Que no, nosotros estamos bien... Viajó de urgencia, su madre está...

Algo presiona en su cabeza, sobre todo en la parte de atrás. Le parece que las baldosas se mueven frente a sus ojos. Su diseño ajedrezado se va corriendo hasta quedar en líneas blancas y negras.

Intenta sonar calmada:

—Da igual, yo... Él ya viaja de vuelta... No, no es necesario, no te preocupes. Por favor, solo escucha, necesito que alguien lo haga.

Despeja el pelo de su cara. Lágrimas silenciosas le corren el rímel que no se ha sacado en días.

—No le he contado esto a nadie... No, tampoco a él, pero... Déjame hablar. No, déjame hablar.

La distancia a las baldosas se ve enorme. Las líneas blancas y negras ahora giran lentamente, formando un remolino, y tiene que acercar un taburete con el pie para apoyarse. Evita las náuseas mirando hacia afuera y nota cómo el cartel de neón le colorea el vientre.

Ocho meses, piensa.

Llora.

Santiago dejó una cajetilla de cigarros entre las enredaderas de la barandilla. Equilibra el teléfono en el hombro y prende uno. Inspira, retiene, bota. El cable del teléfono se balancea a ras de piso.

—Sí, prendí un cigarro... es lo que te tengo que contar.

Lágrimas con rímel se expanden por su polera de algodón. Se limpia la nariz con el brazo.

—Yo...

Aspira el cigarro.

—Sucede que... que mi niño...

Tiembla, pero ya tomó una decisión.

—Mi niño...

Bota el humo, cierra los ojos.

—Mi niño ya no está.

El cigarro cae por la barandilla y su lumbre se pierde en el vacío. En el rincón opuesto de la cocina hay un refrigerador que despierta con un zumbido eléctrico. La línea no dice nada.

—¿Acaso me oíste? No está acá, se me fue, no lo tengo —llora sin contenerse—. Me refiero a que... a que él está...

Balbucea entre hipos. Mira el teléfono con rabia, esperando algo de él.

—¿Aló? ¿Estás ahí?...

Nada.

Siente un crujido, a ratos aumenta y a ratos se va. Del techo oscila una lámpara de vidrio con frutas grabadas. Oye bolitas rodar por el departamento de arriba.

—¿Sigues...?

Se da cuenta de lo sola que está y de que acaba de quedar expuesta, desnuda.

—¿Escuchaste lo que dije?, ¡di algo! —le grita al teléfono—, ¡di algo!, ¡era mi hijo!

Deja caer el auricular, este pega en el piso y salta a algún rincón de la cocina.

Eva se encorva protegiendo su vientre, acariciándolo y negando con la cabeza. Su llanto se mezcla con lamentos, quejidos y gritos que intenta acallar con las manos. Sus fuerzas languidecen y sus pies resbalan del taburete, quedando afirmada de la barandilla y con las piernas colgando hacia dentro. Su pecho se agita y las paredes le dan vueltas una, dos, tres veces hasta que se suelta.

Cae como un bulto y su cabeza rebota en las baldosas. Su cuerpo queda en un ángulo extraño y en sus ojos se refleja la expresión de un pez muerto. Los colores del cartel de neón cambian sobre su cara y sus pupilas se contraen y dilatan.

A lo lejos percibe ese crujido de antes. Sobre el refrigerador hay un reloj con forma de gato que mueve sus ojos al compás del segundero. Está aturdida, no se atreve a mover la cabeza. Frente a ella el cable del teléfono parece una serpiente desenfocada. El taburete quedó dado vuelta y cree ver cucarachas escabullirse detrás de él.

—El teléfono —susurra a las baldosas.

Pestañea, cada vez más rápido. Intenta mover los dedos de la mano que no tiene aplastada.

—El teléfono.

Toma el cable y tira de él. Sus dedos son torpes y siente que recoge metros y metros sin llegar a nada. Su pelo sobre el rostro se levanta con cada resoplido y de fondo sigue ese crujido molesto. Tira un metro, otro metro, otro metro. Mira a todos lados, insegura de si está sola o no. Un metro, otro metro, otro metro. No sabe cuánto ha tirado hasta que de pronto el auricular ya está en sus manos.

—A-acá estoy... —solloza—. Tranquila, yo... siento haberte gritado, es que todo esto y yo...

Intenta que su voz suene neutra.

—No, quédate, no es necesario... Por favor no lo llames, solo perdí el control y... No, en serio, estoy en la cama, sigo metida en la cama.

Se arrastra a la mesa y estira el brazo hacia el pastillero. Puede rozar el borde de la frutera, le da toques con la yema de los dedos y esta se tambalea. Cuando la vuelca el pastillero cae con las naranjas, las que ruedan por el piso y se las traga la oscuridad.

Saca dos pastillas y se las pone bajo la lengua. Cierra los ojos, se calma. Retoma como puede.

—Sí-sí, te escucho, a veces te pierdo, el cable está medio...

Recoge las piernas y se acaricia el vientre.

—Tienes razón, tienes toda la razón, pero es que entiéndeme... No. No me atrevo. No sé cómo decirle, decirle que nuestro niño... ¡Qué sabes tú cómo se lo tomará!

Su rostro se contrae.

—¡No!, ¡fue mi culpa!, no fui suficiente, ¡no pude tenerlo!, ¡no pude!

El crujido aumenta tanto que suena más fuerte que la línea.

—¿Qué cosa?... ¿Qué?... No, fue en mi último control, fui sola... Sí, ¡sí sé!, pero ¡cómo saber que pasaría!, y él tuvo que viajar, su madre... ¡No! Se suponía que todo iba bien. Mi hijo estaba ahí, ahí en la pantalla, más grande que antes incluso y...

Su voz se quiebra. Tiene que hacer una pausa.

—No sé, el doctor partió diciendo que ya no lo escuchaba, creo, o algo así. Me lo explicó tantas veces y yo no caía, hasta que tuvo que decirme que... que mi niño...

Para. No va a pronunciarlo. Sus ojos están llenos de lágrimas.

—Dijo que había que hacer el procedimiento, que el procedimiento significaba sacármelo, que el pabellón sería al día siguiente y que yo...

La línea la ataja ahí. Eva se da cuenta de lo que acaba de decir. Se demora antes de confesar:

—No... no fui a pabellón, no pude.

Quedan en silencio. Eva se encoge de pena y confiesa aún más:

—Tampoco fui los días siguientes, esto pasó hace dos semanas.

Responsabilidad, locura, Santiago, muerte. Eva escucha, pero lo niega todo.

—¡Sí sé!, ¡no necesitas... ¡No!, ¡no lo digas! —grita y se pone el auricular enfrente—. ¡Ya para!, ¡no me interesa, no me lo sacarán! ¿Y si aún sigue vivo?, ¡dime! ¡Y si aún sigue vivo!

Deja caer el teléfono. El crujido la tiene histérica, se golpea los oídos y se encorva en el suelo. Le susurra a las baldosas:

—El procedimiento, tenemos que hacerle el procedimiento, tiene que venir en la mañana. —Su expresión cambia ligeramente—. Él sigue vivo, mi hijo está en la pantalla, ¡ahí en la pantalla!, ¿no lo ve?, ¿ah?, ¡respóndame! ¡Yo soy la madre!, ¡yo sé si está vivo o no!

De la nada sus ojos se iluminan y agarra el teléfono.

—Yo me cuidaba, ¿cierto? Tú veías, tú veías cómo me cuidaba, dilo, ¡dilo!, ¡quiero que lo digas! No hubo ninguna señal, ¡ninguna!, él era mi primer...

Queda suspendida. Sobre el lavaplatos hay una repisa con plantas que se mueven con la brisa. A ella le parecen seres deformes bailando y retorciéndose. Presiona sus párpados.

—¡Sí!, sé que me ama y todo, pero... ¡Qué sé yo!, furioso, ¡me dejará!

Se está tirando el pelo y no se da cuenta.

—¡No! No pensaré en eso, ¡no pensaré en nada!

El crujido es demasiado fuerte, más de lo que puede aguantar. Viene debajo del lavaplatos. Está segura, muy segura. Imagina sus repisas cediendo, con sus astillas levantándose una por una y haciendo *crack* en su cabeza.

—¡Hay algo malo en mí! ¡Fue mi culpa! ¡No querrá verme! —grita, y la línea intenta tranquilizarla—. ¡No! Para, ¡para con eso!, me lo merezco, ¡no tuve lo suficiente y me lo merezco!

Está totalmente ida. Siente miedo, vergüenza, culpa. Nada la va a consolar.

Hay una foto de Santiago en la pared. Sale frente a una fogata y sonríe con un tazón en las manos. Eva lo mira con ternura, ladeando la cabeza de un lado a otro, sonriéndole con el rímel corrido por las mejillas. Levanta una mano hacia él. Puede ver cómo su brazo se estira y estira, como si fuera de goma, hasta llegar a la foto y tocarlo. Siente la aspereza de su barba y sigue la forma de sus labios. Quiere tocar su pelo, pero él no se deja. Lo intenta varias veces y él la esquiva, como siempre. Ambos ríen a carcajadas.

Luego recuerda que no recibirá un hijo vivo.

Sus ojos se nublan.

Empalidece.

Recoge el brazo temblando y aparta la vista.

La línea la consuela y cada cierto tiempo Eva responde que sí, que *ahá* y que bueno. En el departamento de al lado un televisor comienza a transmitir películas del Oeste.

El reloj con forma de gato sigue marcando el paso del tiempo. Ella lo mira, él la mira a ella. Se quedan así mientras el segundero da varias vueltas. El crujido que la acosa aumenta —seco, áspero, penetrante—, subiendo en intensidad y en ritmo, hasta que algo estalla dentro del lavaplatos.

Grita y tira el teléfono lejos. Intenta pararse, pero sus piernas ya no la sostienen. Otro estallido revienta y se encoge bajo la ventana.

Oye susurros, arañazos y latidos de alguna parte.

Una brisa helada entra por la ventana.

Susurros. Arañazos. Latidos.

Los vellos de su piel se erizan.

Susurros. Arañazos. Latidos.

Eva deja de respirar.

Todo queda inmóvil.

Silencio.

...

Una naranja emerge de la oscuridad y rueda hasta chocar contra sus pies.

Eva da un grito de muerte y se esconde detrás del taburete. La puerta del lavaplatos se comienza a abrir. En sus oídos siente el zumbido de insectos, la temperatura desciende varios grados y los visillos de la ventana se alzan. Envases de plástico caen del interior

del lavaplatos, mientras sus bisagras se quejan, un poco, otro poco, hasta que salen de sus goznes y la puerta se desprende, golpeando en punta y desmayándose de costado. Los tornillos quedan describiendo círculos.

Mira aterrada. Donde antes estaba la puerta del lavaplatos ahora solo hay vacío. No ve las repisas, los trapos ni las cañerías. Solo vacío, rectangular, profundo y emanando negrura.

Algo vuelve a estallar ahí dentro.

Chilla, levanta el taburete apuntando con las patas como si fuera un arma. Busca el teléfono a tientas y lo agarra.

—¡Ayuda!, ¡AYUDA!

A pesar de sus gritos la línea habla con calma, en forma continua, diciendo que lo van a superar, que deben ser fuertes y que ya habrá más oportunidades.

—¡Auxilio!

La línea no para de repetir lo mismo una y otra vez. El agujero del lavaplatos la observa.

Trac-trac... trac-trac.

Con cada pulso el vacío del lavaplatos se extiende, oscureciendo la cocina.

Trac-trac... trac-trac.

Eva cubre la cabeza entre las piernas, protege su vientre y solloza. Oye gente correr por el pasillo del edificio, en el departamento de al lado le suben a las películas del Oeste y en la calle suenan bocinazos.

—¡Ya basta!, ¡basta! ¡BASTA!

Su última palabra queda flotando en el aire, los ruidos se desvanecen y la lámpara colgante deja de oscilar.

Se mantiene encorvada. Las baldosas están frías y alrededor de sus pies se dibuja una aureola de calor que a momentos se disipa. Se queda sí por tanto tiempo que su mente comienza a divagar y pierde la noción.

Un chasquido repentino la devuelve a la realidad.

Alguien está abriendo la puerta del departamento.

Alza la cabeza, despabila, alrededor suyo todo está en orden.

—¿Amor? —llama Santiago desde la entrada.

Santiago deja caer su bolso y recorre el pasillo. Ella mira a todos lados, desorientada. El taburete está en su lugar, la frutera está en su lugar, el teléfono sigue colgado. Se da cuenta de que tiene el pastillero en sus manos y lo esconde tras la espalda. La puerta del la-

vaplatos está cerrada como antes. Santiago llega a la cocina y la ve tirada en el piso.

—¿Amor?, ¿qué...?

Se acerca sin prender la luz. Cuando la toma de las manos ella reacciona como si no reconociera esa piel. Él la intenta levantar, pero Eva se resiste y él termina por desistir.

—¿Qué...? —dice extrañado y se incorpora—. Lo siento amor, vuelo atrasado. Mi madre está mejor.

En el departamento de al lado se oye un leve *click*. Alguien volvió a encender el televisor y ahora se escucha un programa de trivias donde el público recibe al presentador con un aplauso. Santiago va al refrigerador y lo abre. Una luz potente inunda el cuarto. Suelta los botones de su camisa y la arremanga.

—¿Acaso pasó algo? —dice sirviéndose agua de un jarro.

Ella sigue tal cual, petrificada. Él comienza a perder la paciencia.

—Amor, ya, párate. No es para tanto...

—¿N-no es para tanto?

—Lo del niño, no es tan terrible, ya vendrá otro.

Lo mira horrorizada. El público del televisor aplaude. El teléfono comienza a sonar y ninguno se

mueve. Santiago se toma el agua y tira el vaso al lavaplatos como si encestara.

—¡Boom!, canasta.

Santiago enciende un cigarro mientras el teléfono insiste de fondo. Sonríe, pero con la boca algo tiesa. Ella sigue en el piso, negando con la cabeza, y él termina por subir los hombros e ir a contestar. Afuera las luces del cartel de neón se detienen por primera vez, lo hacen en el color rojo y la cocina parece un cuarto de revelado.

—¿Aló?... —contesta Santiago—. ¡Qué sorpresa!, hace tanto que... Sí, está mejor, aunque no lo imaginamos... Sí, bueno, ¡ojalá!... Es muy tarde, ¿pasa algo?... Sí, ¡acá despierta como siempre!, espera.

Se acerca con el teléfono. Eva se aleja. Él cubre el auricular con la mano.

—Cariño, ¿en serio estás bien? —Sus ojos tienen el brillo de un animal en la noche.

Se le acerca, un paso tras otro, hasta que la obliga y ella acepta el teléfono con una mano temblorosa.

Los neones se detienen en el color azul.

—¿S-sí?...

Cuando la línea habla Eva reconoce la misma voz de antes. Esta sigue como si la conversación nunca

hubiera parado. Que lo van a superar, que deben ser fuertes y que habrá más oportunidades.

Eva deja que el teléfono resbale por su pecho. Santiago regresa al refrigerador y ella nota que el taburete vuelve a estar tirado y que la frutera está volcada en la mesa. La línea habla y habla.

Los neones se detienen en el color rojo.

Santiago se saca el cigarro de la boca, lo agarra entre los dedos y dispara al lavaplatos.

—¡Boom!

Los neones se detienen en el color azul.

Se agacha y busca en el refrigerador a manotazos, mirándola en tono burlesco. Comienza a repetir con voz infantil lo mismo que dice el teléfono.

—¡Ya para! ¡Para! —grita Eva.

Al lado el público abuchea.

Los neones se detienen en el color rojo, azul, rojo, azul.

Santiago la mira, sonriendo, sus dientes son más grandes de lo que ella recuerda. La luz blanca y mortecina del refrigerador alumbra la mitad de su rostro, mientras que los neones cambiantes juegan con el resto de su cara. Rojo, azul, rojo, azul. Sus labios se mueven en sincronía con la voz del teléfono,

riéndose, aullando y atorándose: ¡todo va a estar bien!, ¡no es para tanto!, ¡todo va a estar bien!

Eva intenta escapar al pasillo y apenas se mueve le llega una naranja, otra y otra, haciéndola retroceder a gritos. Santiago sigue hablando y ya no respira, lo hace de corrido y en su cuello las venas parecen explotar. Ha vuelto a tomar un vaso y lo aferra con tanta fuerza que lo está trizando. El público del televisor lanza vítores enardecidos, el reloj de gato gira sus ojos frenéticamente y la luz del refrigerador parpadea cortando las imágenes. La voz de Santiago se transforma en un pitido continuo, agudo y enloquecedor, hasta que el vaso estalla en sus manos como un petardo y revienta la lámpara colgante.

Esquirlas de vidrio tintinean por toda la cocina. La luz del refrigerador parpadea una última vez y se apaga. El reloj vuelve a su ritmo normal.

Eva llora, arrinconada, mientras Santiago sigue donde mismo, con los brazos y cabeza colgando como marioneta. Su piel y su ropa se volvieron grises.

—San... ¿A-amor...? —solloza Eva.

La puerta del lavaplatos sale de sus goznes, cae en punta y se desmaya de costado. El vacío de su interior se expande de nuevo por la cocina. El cuerpo de Santiago avanza, sin dar pasos, sino que flotando

con los pies torcidos hacia atrás. Al llegar a ella queda suspendido.

No la toca, no la mira, no le habla.

Trac-trac... trac-trac.

Ella jadea.

Él no respira.

Ninguno se mueve.

—¡Qué eres!

Él no responde.

—¡Vete! ¡Qué quieres!

—A ti.

—¡No!

Intenta defenderse con los pies y estos son inútiles. Santiago se arrodilla, quedan a la misma altura.

—No-no...

Trac-trac... trac-trac.

El cartel de neón se apaga y quedan con lo que alumbra la luna.

—¡Aléjate!, ¿por qué?, ¡por qué!

—Te daré algo —dice él levantando una mano muerta, caída, y la deja sobre el vientre de ella. La acaricia con la gracia de una tarántula—. Te daré algo a cambio de algo. —Levanta la otra mano y se la cierra alrededor de la garganta.

Eva se estremece, llena de lágrimas, pero entiende lo que él quiere decir.

—Por favor, por favor...

Él retira las manos y se echa hacia atrás. Eva lucha contra lo que él ofrece, con eso y consigo misma.

—No puedo darte eso...

Las calles se mantienen en silencio. Los minutos corren, secos, marchitos. Santiago no se mueve, parece apagado. Eva comprende que solo le queda ceder.

—Prométemelo —dice, mostrando su rendición—. Promete que así vivirá.

Él levanta la cabeza, su rostro es el mismo de siempre, solo que grisáceo. La mira en forma piadosa. Ambos parecieran temblar. Eva acepta.

—Dime cómo.

La rodea con sus brazos moribundos y saca el pastillero que ella escondía detrás de la espalda. Se lo entrega. En el departamento de al lado el público contiene el aliento.

—¡Prométemelo! —grita ella con el arrebato repentino de un animal.

La versión sombría de Santiago llora, pero asiente. Ella también lo hace. Abre el pastillero y el

público exclama. Esta vez sostiene al menos diez pastillas en la palma de su mano. Lo mira a los ojos.

—Lo prometiste.

Se las lleva a la boca.

Traga.

Se oyen aplausos enardecidos, afuera los autos tocan las bocinas y el reloj de gato mueve los ojos sin parar. Santiago sonríe, la abraza y su figura se va desvaneciendo de a poco.

Eva queda extenuada, tranquila, entregada. Se adormece y vuelve a perder la noción. La noche avanza.

Un nuevo chasquido la despierta.

Alguien está abriendo la puerta del departamento.

Santiago entra lanzando un resoplido de cansancio y deja caer sus llaves en el mueble del pasillo. Avanza hasta encontrar el jarrón de flores tirado.

—¿Amor? —pregunta.

Corre a la cocina. Cuando prende la luz se le cae el bolso. La ve en el piso, no sabe cómo reaccionar.

—¡Amor! —Intenta levantarla, pero está aturdida—. ¿Qué pasó?, ¿estás...?

—Lo salvé, lo salvé...

La conciencia de Eva va y viene. Santiago regresa al pasillo y entra en la habitación principal. Vuelve con una muleta.

—Amor... —La toma en vilo y la deja en una silla. Le pasa la muleta—. ¿Qué...?

—Yo... yo lo había perdido...

Santiago se detiene al oírla, aprieta los labios. Esquiva su mirada y va por un paño húmedo. Cuando vuelve se sienta frente a ella y le pasa el paño por el cuello.

—¿Me oíste? —insiste Eva, tomándolo por los hombros.

Él se desprende y va a humedecer el paño otra vez. Agarra con fuerza el borde del lavaplatos.

—Lo había perdido, ya no lo tenía, pero...

—Cálmate, Eva.

—Es que yo...

—¡Para con eso!

—Fui a mi último control, no estabas, y el doctor me dijo, me dijo que...

—Que ya no lo escuchaba —completa Santiago con los ojos llorosos.

Eva retrocede, sorprendida, inclinando la cabeza de un lado a otro. Él se sienta y solloza con el rostro

cubierto. Ella continúa explicándose, haciendo movimientos exagerados con las manos.

—Sí, bueno, creo, o algo así. Me lo explicó tantas veces y yo no...

—Tú no caías —completa Santiago. Se limpia las lágrimas.

—¡Eso! Luego algo sobre hacer el procedimiento, que el procedimiento significaba sacármelo y que...

—Que el procedimiento significaba sacártelo y que el pabellón sería al día siguiente.

Quedan en silencio.

Lo mira, descolocada. Él oculta su rostro entre las manos.

—Y eso no es todo —continúa ella tanteando—, esto... esto pasó hace dos sem...

—¡Ya para! —grita Santiago sacudiéndola por las muñecas—, ¡para!, ¡para!, ¡PARA!

La suelta y ella sigue con sus manos en el aire, paralizada.

—Yo... yo me cuidaba, ¿cierto?

—Eva...

—Tú veías, tú veías cómo me cuidaba.

—¡Eva!

—No hubo ninguna señal, ¡ninguna!, ¡él era mi primer...!

—¡Por Dios, Eva, mírate!

Ella se detiene. Están frente a frente. Santiago jadeando y ella conteniendo la respiración. Un halo de cordura cruza por los ojos de Eva. Baja el mentón y mira su cuerpo como si no lo reconociera. Se fija en la muleta que sostiene, las cicatrices en su pierna derecha, y luego con horror creciente mira su vientre. Está plano.

Tartamudea incoherencias.

—Así quedaste la última vez que reviviste esto —dice Santiago apuntando las cicatrices.

Ella mueve la boca, queriendo decir algo.

—Eva... —La toma de la cara—. Entiende, nuestra vida continuó.

—¡No! —Se suelta—. ¡Yo lo solucionaré!

—Muerto, Eva, nació muerto, ¡ya van diez años!

—¡No! El procedimiento, tenemos que hacerle el procedimiento, ¡tiene que venir en la mañana!

—¡Déjalo ir, Eva!

—No entiendes, no puedes entender... ¡ahora hice un pacto!

Quedan en silencio. Eva acaricia su vientre y susurra:

—Te salvaré, te salvaré...

—¡Nació muerto!

—Yo no caía, yo no caía en cuenta...

—Para, por Dios, para, nos haces daño.

—Tenemos que hacer el procedimiento, mañana a pabellón...

—¡Eva!

—¡Cállate! ¡Ahora lo salvaré!, ¡salvaré a nuestro hijo!, ¿no entiendes?, ¡mira!

Eva apunta una cajita cerca de sus pies. Él sigue su mano. El pastillero está tirado en el piso y solo queda un comprimido, de color rojo, que se deshace con facilidad entre los dedos de Santiago.

No es medicina.

Él empalidece. Se afirma del borde de la silla, tropieza y cae hacia atrás.

—¿E-Eva...?

—Es la solución amor. Vivirá, esta vez vivirá —dice tomándolo del mentón y dándole un beso.

Él se suelta y retrocede. Se arrastra hacia el lavaplatos y abre la puerta. Desparrama todo en su interior hasta encontrar una caja de cartón. Está medio abierta. Se la lleva temblando a la altura de los ojos.

Cebo fresco.

Anticoagulante.

Ratas y ratones.

La da vuelta y caen más pastillas rojas que se dispersan por el suelo. Eva se afirma apenas de su muleta, pero sonríe.

—¿Ahora me entiendes? —dice intentando equilibrarse y cae al piso.

Santiago tira la caja. Se arrastra donde ella y se pone a su espalda, rodeándola por el cuello con un brazo y metiéndole los dedos en la garganta.

—¡N-no! —grita Eva entre arcadas.

Santiago le aprieta el estómago hasta obligarla a vomitar. Restos de pastillas se esparcen por las baldosas.

—¡Será tu culpa! Yo... yo hice un pac...

La levanta en brazos y la carga por el pasillo. Eva se agarra de todo lo que puede y es en vano.

—Lo salvaré, lo salvaré...

Santiago abre la puerta principal y toma las llaves del auto. Eva las bota de un manotazo.

—¿No oyes? ¡Lo salvaré!, ¡lo salvaré! —grita histérica.

De otro departamento se asoma una mujer. Mira a Santiago. Mira a Eva. Luego vuelve a mirar a Santiago, esta vez con expresión de pena, y haciéndole un gesto se acerca a ayudar. Entre ambos fuerzan a Eva para sacarla al pasillo del edificio. Por su nariz comienza a

correr sangre y ni siquiera lo nota, se resiste y araña a Santiago con dedos que apenas aprietan.

Cuando la sacan, la mujer intenta cerrar la puerta y Eva la vuelve a abrir de una patada. La puerta rebota en la pared y se regresa con lentitud. Eva ve el piso ajedrezado, los neones cambiantes y naranjas rodando por todas partes. La versión sombría de Santiago la mira desde la cocina, con desprecio, y tras apoyar una mano en el lavaplatos se mete debajo de él.

Desaparece.

Eva deja de forcejear. La toman en vilo y la llevan al ascensor. Cuando cierra los ojos su cabeza cae hacia atrás, se desmaya, y al instante se cierra la puerta del lavaplatos, la de la cocina y la del departamento.

Este libro se terminó de editar
durante noviembre de 2020, en
tiempos de pandemia mundial.
Esta, su versión digital,
posteriormente fue impresa,
en un número de 70 ejemplares.
Cada uno de ellos adornado
a mano mediante sellos
artesanales y tinta
color carmín.

Nuestras reuniones eran un convite, las palabras se te mezclaban con las especias de la cocina de Ana.
Nico

Escribir como arte requiere de una intensa disciplina. Esta experiencia habría resultado muy árida si no fuera por el taller de Ana...
Ana llegaba corriendo, aunque estuviera en su casa, cálida y acogedora abría el espacio para que fluyera la creatividad. En esos talleres conocí al que hoy es uno de mis mejores amigos, Nico Hip, bondadoso y divertido a llorar de la risa. Después aparecieron la M. Paz, la Daniela, la Nati, el Nico Moreno y Diego. Todos muy generosos y creativos, me siento agradecida. Si no fuera por ellos, esta experiencia se habría disuelto en los primeros encuentros. ¡Ha sido maravilloso!
Gema

Ahora sé cuál es mi tribu.
Dani

Al terminar cada sesión, mis protagonistas habían cambiado hasta de nombre.
Diego

Diversidad
Complementaria.
Naty

Un camino de reconocimiento y encuentro.
Risas, llantos, comilonas.
La escritura como un ejercicio de amistad.
Paz

ISBN: 978-956-401-891-1